FRAY MOCHO



La vuelta al pago

FAROLA

EL HOGAR MODELO
brilla por su limpieza
SU CASA

TAMBIÉN BRILLARÁ
SI EMPLEA Vd. el

LIMPIADOR FAROLA

LIMPIA y PULE:

Cubiertos, Cuchillos, Utiles y Baterías de Cocina, Vajilla, artículos de Bronce y Níquel, Heladeras, Cafeteras, Baldes, Vidrios, Cristalerías, Ventanas, Cocinas, Azulejos, Mármoles, Bañaderas, Lavatorios, etc., etc.

EN VENTA EN:

GATH & CHAVES, FERRETERÍA FRANCESA y en todos los buenos Almacenes, Bazares y Ferreterías.

ARMOUR and COMPANY
CHICAGO ILL. U. S. A.

Representante:
Frigorífico Armour de La Plata
Sociedad Anónima

VENTA AL POR MAYOR
666, AVENIDA DE MAYO, 670
Buenos Aires



FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 1.º de julio de 1919 — Núm. 375

Síntomas de regresión

La semana ha sido fecunda en declaraciones políticas, y en ruidosos sucesos mezclados con ellas. Desde hacía muchos años, a no ser en incidencias pequeñas, la mesura y la circunspección (como corresponde a todo congreso de hombres cultos en países como el nuestro, libres de hondos sectarismos históricos), excluían del debate, por tácito convenio, las alusiones personales, las estocadas a fondo para herir por sorpresa la reputación del adversario, tanto más digna de respeto cuanto más grande y difundida su enemiga franqueza.

Esta tradición del parlamento argentino había dado hasta ayer una fisonomía propia al cuerpo legislativo, de que estábamos orgullosos. Alguna violencia de términos, alguna acritud de forma en circunstancias especialísimas, y generalmente limitadas a choques de criterio entre partidarios extremos, no quitaron nunca al Congreso su fama de cuerpo moderado y culto. Y he aquí que una palabra lamentable, la palabra "traidor", horrenda por las reminiscencias de épocas de barbarie que evoca para todo argentino ilustrado, fué dicha con toda imprudencia, o quizá, con excesivo cálculo, para calificar con ella a uno de los hombres más eminentes y de más probada altura moral con que la república cuenta: el doctor Lisandro de la Torre.

Las consecuencias del absurdo y temerario ataque no se hicieron esperar. No haremos crónica de sucesos que todo el país comenta en los momentos actuales. Sólo sí dejamos constancia de la inútil y desgraciada maniobra, que a la par de traer para el cuerpo donde se forjó, un descenso de nivel, prácticamente conduce a lo exactamente opuesto que se proponía, y exhibe a las más altas autoridades de la república, en momentos de tan grave expectativa como los presentes, entregadas a preocupaciones extrañas al progreso e intereses del país.

El doctor de la Torre, en un documento admirable, ha probado, como era natural, que la acusación no le llega. En cambio, ha dicho tantas y tales cosas, ha removido tantos recuerdos, y formulado tan graves acusaciones retrospectivas contra el jefe del estado, que el comentario de estupefacción y de tristeza aún dura, y durará mucho tiempo...

La paz

Por fin, al cabo de más de cuatro años de angustiosa expectativa ante los innúmeros problemas planteados por la guerra, podemos saborear con íntima fruición el significado de la mágica palabra: "paz".

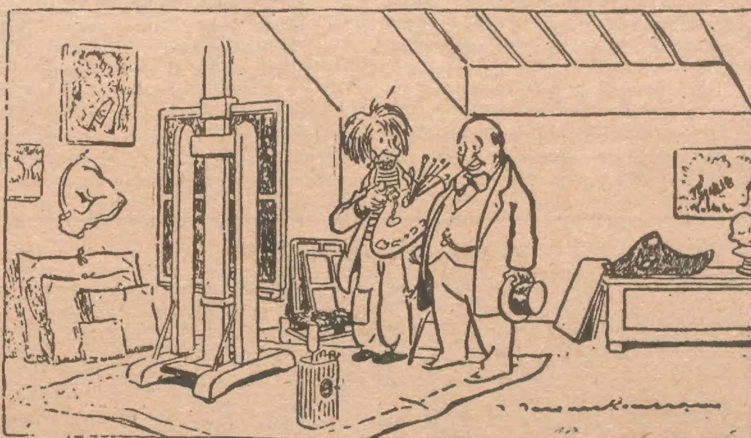
Duramente conquistada, al precio de qué sangre, de qué sacrificios, de qué dolores sobrehumanos, esta paz llega en buena hora para rehacer el mundo, construyendo sobre las ruinas del pasado una civilización nueva, — cabe esperarlo — más respetuosa del derecho y de la justicia que la del sistema de agresión y de despojo que caracterizó la índole del vencido.

Nuestra América liberal y democrática, que siempre tuvo por norma de conducta, en las relaciones de pueblo a pueblo, los conceptos idealistas, debe sentirse profundamente satisfecha ante el triunfo definitivo que esta paz representa. No más conquistas, no más luchas de predominio: igualdad y justicia para todos, son los nuevos heraldos de las ideas.

Ante el ejemplo del vencido, duramente castigado por los términos severos del tratado de Versailles, no habrá imitadores. Los dirigentes alemanes han probado hasta el fin, en muchos de sus componentes, que sufren una extraña perturbación: su última manifestación al hundir los barcos de Scapa Flow, confiados cándidamente a su custodia, demuestra que la severidad del tratado clausurador de la guerra, era indispensable.

La perturbación ha de pasar, el pueblo recobrará su fisonomía de organismo realmente civilizado, y la humanidad futura, libre de reatos medioevales, volverá muy pronto a hallar buenos y pacíficos a los desorientados teutones...

EL ARTE Y LAS NECESIDADES DE LA VIDA



—Vendo esta tela para comprar otra.
—¿Más grande?
—No; la del traje.

TUS OJOS

De ese tul de la noche, puso Dios dos jirones
en tus ojos profundos, de miradas extrañas,
y los hizo más bellos con las suaves pestañas
para que los poetas le ofrendaran canciones.

Hablan de amor tus ojos a muchos corazones,
y con ellos dominas y con ellos engañas;
en el mar de la vida ¿por qué no me acompañas
y guías con tus ojos mi barca de ilusiones?

Yo soy un navegante que corre con empeño
tras la blanca figura de un infinito ensueño;
yo sufro lo indecible, y nadie ha de curar

las penas que me asaltan, mis íntimos antojos;
¡yo quiero que en la noche lírica de tus ojos
vaya con mis pesares mi espíritu a soñar!

Félix B. VISILLAC.

MÚSICA DE CAFÉ



El mozo.—Todos los asientos están ocupados y sigue llegando gente: toque la Marsellesa.

La nueva escuela social

Indudablemente, los vientos que soplan sobre el mundo, están marcando una honda evolución en la vida y costumbres de los pueblos, que alcanza hasta la contextura moral de sus habitantes. Nosotros no podíamos sustraernos a la influencia de los tiempos actuales y, en consecuencia, tuvimos que plegarnos, en cierta medida, a la mutación iniciada, si bien cargando en nuestro bagaje toda la marrullería y viveza que, a fuer de criollos viejos, debe presidir nuestras acciones.

Sabido es que una de nuestras innovaciones políticas más notables, fué la creación de la "nueva escuela diplomática", de que todo el mundo habrá memoria; y, por lo visto, ahora toca el turno a la fundación de la "nueva escuela social", planta que, con toda lozanía, prospera actualmente en la gobernación tucumana.

No ha muchos días, la ciudad emporio del azúcar a $ 1 el kilo, vióse (valga el contrasentido), completamente a obscuras, y con no pocas industrias afectadas, por falta de fuerza motriz, a causa de la huelga de obreros de las usinas eléctricas, y en esta emergencia el gobierno radical adoptó la actitud que más sabiamente cuadra cuando se acercan luchas partidistas de carácter comicial, llevando a la práctica la aplicación de los nuevos métodos implantados en la materia, desde la Casa Rosada.

Mientras tanto, después del "apaga y vámonos", estalló otra huelga entre los empleados del tranvía local, propiedad del gobierno, por la sencilla razón de que al personal se le adeudaba cuatro meses de sueldo; y, a renglón seguido, el comercio tucumano inicia una suscripción pública para vestir de invierno a los vigilantes, quienes, luciendo aún sus uniformes de verano por las calles de la ciudad, exteriorizan cómicamente una sensación canicular, respondiendo quien sabe a qué altos designios del gobierno.

Pero no haya cuidado, pues la "nueva escuela social", hallará remedio a todo.

EL CAMPANERO

I

Obscuro, muy obscuro estaba el campanario y los peldaños de la vieja escalera crujían tristemente bajo los pies del viejo campanero.

¡El pobre don Bruno tenía miedo y no sabía de qué! Corría ávidamente sobre los escalones hasta llegar a lo alto de la torre donde estaban las cuerdas de las campanas.

Nunca, cuando iba a tocar a ánimas se había sentido más conmovido, y el candelero de metal amarillo que llevaba en una de sus manos se estremecía y hacía saltar al sebo derretido por la llama.

Por fin llegó; pero llegó como asfixiado y antes de tomar las cuerdas para doblar, tuvo necesidad de respirar aire puro y se asomó a la ventana de la torre.

La noche estaba obscura, pero serena; la multitud de estrellas titilaban a lo lejos; don Bruno pensó que le amenazaban y bajó la cabeza. En la Plaza del pueblo, entre las plantas y las flores, bullían las luciérnagas; las miró y retiró la vista horrorizado.

Las luciérnagas, al hervir, trazaban con letras de fuego el nombre de su hija!... El pobre campanero, casi desfallecido, tomó las cuerdas y empezó a tocar las campanas nerviosamente, de modo que sus sonidos parecían más bien repiques que tañidos por los muertos.

II

La noche siguiente no quería subir al campanario; iba a decírselo al cura, pero tuvo vergüenza, y cuando llegó la hora volvió a correr de nuevo por los desvencijados escalones, entre los crujidos de la madera y los chisporroteos de la vela de sebo que le alumbraba el camino.

Cada ruido de aquellos le parecía una voz que le llamaba; cada vez que miraba su proyección en las paredes temblaba de pavura, ¡su propia sombra era un fantasma para el pobre viejo!

Cuando llegó a lo alto de la torre, aunque se ahogaba, guardóse muy bien de sacar por el hueco de la ventana para respirar un poco de aire fresco su cabeza encanecida.

Las lechuzas que anidaban en el campanario chirriaban revoloteando en torno de él... tomó las cuerdas y empezó a doblar. Poco a poco los sonidos se aceleraron y las campanas parecían epilépticas... ¡Ah! era que había visto allí, sobre la vela de sebo que había colocado en el suelo, flotar, sin quemarse, una sombra que poco a poco fué tomando los perdidos contornos de su hija, de su hija muerta porque él no la dejó casar con Carlos, el hijo de la tía Francisca que vivía a la vuelta de la escuela.

El infeliz no comprendía que aquel fantasma no era más que el humo negro de la candela agitada por el viento... Soltó las cuerdas y a obscuras, tropezando con las paredes y la reja de la escalera, saltó de dos en dos los peldaños hasta llegar a la puerta del campanario; allí, desencajado, lívido, rompiendo con ímpetu el cuello de su camisa para respirar, cayó desfallecido mientras la vela humeaba en lo alto de la torre y chirriaban revoloteando las lechuzas.

III

Cuando murió la hija de don Bruno, Carlos se enloqueció; sin embargo su demencia asumió un carácter tranquilo y curioso. El mismo día entró de operario en la cajonería fúnebre del pueblo y con sus manos construyó el féretro de su novia.

IV

—Don Bruno, dijo el cura a la mañana siguiente al campanero, ¿qué modo extraño ha sacado usted para doblar?

Confuso por la pregunta no encontró respuesta plausible y permaneció callado.

Pero cuando se halló con el monaguillo, como éste no le inspiraba tanto respeto como el párroco, le confió la causa de sus desaliñados dobles.

El monaguillo lo contó a una vieja que se lo contó a una vecina, que a su vez se lo refirió a la maestra de escuela, quién lo divulgó por el pueblo, tanto, que llegó por fin a oídos del pobre demente que hacía cajones cantando y riendo.

V

Ah! tiene miedo! se dijo entre sí Carlos cuando supo lo acaecido al campanero; tiene miedo! yo lo compondré!

Y en su revuelta cabeza empezó a brotar una siniestra idea de venganza... oh! porque él le aborrecía, sobre todo cuando se acordaba de su muerta tan querida, de aquella pobre niña que murió de amor y de pena. ¡El viejo la pagaría!

LA OBRERITA EN EL CAMPO



—¿Qué clase de flores son éstas?
—Las mismas por cuya fabricación nos pagan diez centavos la docena.

Y golpeaba con su martillo los clavos dorados de un ataúd. ¡Cuántas veces construyéndolos veía en sus huecos la sombra de su Irene... no la olvidaba nunca, y siempre se acordaba de aquel baile campestre donde le habló por vez primera a la sombra de los viejos sauces!

Y sobre todo no podía borrar de su mente la última despedida, cuando ella, moribunda ya, quiso verle; el viejo tuvo que ceder esta vez! Ah! pero ella apenas tuvo tiempo para mirarle con sus apagados ojos negros! y su mano débil y húmeda pretendió estrechar la de él, pero no tuvo fuerzas!—¿Y cuando murió?... Ay! entonces su cráneo experimentó una rara sensación; un desorientamiento de la vida, un vacío del mundo inexplicables y terribles! Desde entonces le llamaban loco, pero no lo estaba, las pruebas de que no lo estaba, eran que recordaba toda su vida y que se iba a vengar del viejo Bruno. Desde entonces fué el mejor obrero de la casa. Todo el día lo pasaba construyendo ataúdes; riéndose a veces, llorando otras y cantando muchas.

Una de sus canciones predilectas, decía:

Con un tronco de cipré
Yo mismo hice su cajón,
Cuando las tablas clavé
Dejé en él mi corazón.

Y el estribillo:

Martillo del cajonero
Dale, pega, dale, pega;
El que se muere primero
Más veloz al cielo llega!

Y luego volvía la canción:

Cuando en él inanimada
Pusieron a mi terneza,
Mi corazón de almohada,
Sirvió a su rubia cabeza.

Yo la quise y me quería,
Era linda y era buena,
No quisieron fuese mía
Y la asesinó la pena.

Lejos, lejos, en la fosa
Está durmiendo mi amor,
Mientras ella allí reposa
Yo me muero de dolor.

Martillo del cajonero
Dale, pega, dale, pega;
El que se muere primero
Más veloz al cielo llega.

La cantaba con una voz tan triste, tan triste, que el patrón y los demás compañeros de trabajo se sentían impresionados por el pobre loco, que impasible seguía cantando o reventaba en carcajadas estridentes.

VI

Cuando cayó la noche, Carlos, sin que lo viera nadie, sacó un ataúd y con él sobre los hombros salió riéndose del taller...

La hora del toque de ánimas se aproximaba. Don Bruno, de quien todos en el pueblo se habían reído a causa de sus temores, volvió a subir los viejos peldaños tembloroso.

La vela le asfixiaba con su humareda y casi no veía...

Los pajarracos nocturnos lanzaban lúgubres gritos. ¡Oh! qué atroz es tener un peso en la conciencia!

Don Bruno ya había tomado una de las cuerdas, cuando de pronto tropezó con algo desconocido para él; el candelero de metal cayósele de la mano, apagando su lumbre en la caída, mientras don Bruno rodaba por tierra.

No era por tierra... no! su mano pretende saber donde ha caído... horror! es un féretro aquello! el féretro de su hija!

Su espanto no tiene límites; desesperado, con las manos crispadas empieza a tirar la cuerda de la campana que suena de un modo descompasado.

Cuando el cura y el monaguillo llegaron con luces a la torre, la campana hacía rato que había dejado de sonar.

Un espectáculo extraño se mostró a sus ojos:

Don Bruno con un pedazo de la cuerda de la campana entre las manos, lívido y sin sentido, atravesado sobre un ataúd.

Le socorrieron, pero apenas volvió en sí, ¡me muero! dijo, y luego dirigiéndose al cura:

—¡Confesión!

Los monaguillos se retiraron y el sacerdote se acercó al pecador.

VII

Al otro día, cuando enterraron a don Bruno, Carlos, loco completamente, seguía el cortejo riéndose y llorando...

De cuando en cuando cantaba:

Con un tronco de cipré
Yo mismo hice su cajón...
Cuando sus tablas clavé,
¡No puse mi corazón!

Rafael FRAGUEIRO.

Baile del último recuerdo

¡Qué delicioso es el ripio para observar desde el baile sin perder la puerta!

Aun recuerdo con un carácter que no me cabe en el regocijo cierto cuerpo del observador que no escapó a mi último detalle.

Llegaba la alegría en sus familias rebosando mozos ansiosos de escuchar los dulces oídos que las palabras derramaban sobre sus bien acostumbrados carruajes.

El baile era conducido a la danza por el "toilette" que, con verdadero deseo de caballeros, esperaba ansioso el momento de empezar las niñas.

Todo era semblantes. En la felicidad de la alegría se dibujaba una locura que rayaba en todos.

Los jóvenes luciendo preciosas delicadezas, tan natural en su pelo suelto, descotados y con el traje dejado caer ligeramente sobre los bigotes de las niñas, mientras los hombros hacían alarde de sus figuras atusadas.

Una vez llevado un valse al concurso, comenzaron los socios muy bien dirigidos por el salón y secundados por varios maestros que galantemente habían prestado sus niñas, ejecutando al director de orquesta.

La satisfacción no podía ocultar sus parejas. Entre los muchos salones que paseaban por ellas vi a un angelical blanco vestido de forastero que agarrado del entusiasmo de su compañera vestida de faldones y cuya hermosa se agitaba al compás del frack, parecía escucharle con verdadero brazo.

Ya a la hora del "sketing" obsequié a mi "foyer" que aceptó muy compañera y a los acordes de un bien interpretado chocolate, nos dirigimos a mi cumplida, mientras el salón repetía en voz baja "yo te amo".

Varios mudos invadieron las parejas y entonces el "ambigú" y yo nos dirigimos a mi frase donde seguimos recordando el salón que abandonó a mi pareja entre el bullicio de las masas.

De lo que luego asistí ya no me lamentaba, si que infructuosamente pasó al acuerdo el sueño de lo perdida, pues por causa el cansancio, al otro día no me quedé solo en la oficina a la noche.

Joaquín FRADE GOITIA.

Perlas de coco

Es un hecho comprobado que los cocos contienen a veces verdaderas perlas, completamente iguales a las de los moluscos.

Un ejemplar del tamaño de un guisante fué exhibido por un señor de Boston, y su propietario explicó que estas perlas alcanzan gran valor, y son muy estimadas por los reyezuelos indígenas de la península de Malaya.

Las perlas del coco son de composición igual a la de las perlas que se encuentran en la ostra perlera, pues el análisis ha demostrado que se componen de carbonato de calcio, y una pequeña cantidad de materia orgánica.

El por qué produce semejantes concreciones el coco es un problema, pues su nacimiento no puede ser debido, como en el caso de los moluscos, a la necesidad de cubrir partículas irritantes.



—Ya es hora de dejar el trabajo: están tocando el pito del mediodía.

Por qué se oye mejor de noche

La facilidad con que percibimos después de ponerse el sol, los sonidos lejanos que se nos escapan durante el día, no es debida, como generalmente se cree, al silencio de la noche. Humboldt, con gran asombro por su parte, no oía el ruido de las cataratas del Orinoco al mediodía, hora en que todos los habitantes de la selva virgen están aplanados por el calor, y, en cambio, lo percibía por la noche entre el concierto formado por las fieras.

Según creemos, el primero que explicó este fenómeno fué Tyndall. Durante el día, en una gran extensión de terreno, la temperatura y la densidad de la atmósfera presentan diferencias sensibles, y por eso ciertas capas de aire constituyen una especie de pantallas, que reflejan las ondas sonoras e impiden su propagación directa.

Un físico americano, Mr. Carr, ha ideado un experimento muy sencillo, que permite observar los fenómenos acústicos de este género. Cerca de los brazos de un diapasón y en su plano de vibración se coloca horizontalmente un frasco destapado; la resonancia de la columna de aire encerrada en el frasco refuerza el sonido del diapasón. Pero si se coloca otro frasco semejante perpendicularmente a los brazos del diapasón el sonido se extingue por consecuencia de la "discordancia de fase" de las vibraciones del aire en la boca de los dos frascos. Tapando uno de éstos con un cartón se oye de nuevo el sonido del diapasón lo mismo que si se calienta el aire por debajo del frasco. Así se explica el que durante la noche se propaguen las ondas directamente, porque el aire es homogéneo mientras que durante el día encuentran curvas de aire más o menos caldeadas que las imponen desviaciones muy variables, a veces de un momento a otro.

Mr. Carr refiere que hallándose de caza un día veía a sus compañeros tirar y caer las piezas sin percibir el más ligero ruido, y a los pocos minutos, sin cambiar de sitio, oía los tiros y hasta la conversación de los cazadores.

La hebra roja de la armada inglesa

Todas las cuerdas que emplea la armada inglesa, desde la más pequeña hasta el cable más grueso, y tanto las que se usan a bordo como las que se utilizan en los puertos, contienen una hebra roja.

Esta costumbre, que data de los tiempos de Nelson, y a la cual se han atribuído causas románticas, sirve sencillamente para identificar la propiedad de la armada. Una maroma que contenga la hebra roja, y que se halle en manos de persona no autorizada, indica que su procedencia es ilegal.

El uso de la hebra roja está prohibido para las cuerdas destinadas a usos ajenos a la marina de guerra.

El buen servidor

Es difícil en estos tiempos hallar buenos sirvientes, hombres o mujeres. Todo el mundo prefiere más o menos la independencia y la libertad. La mucama de ayer prefiere la fábrica al servicio en casa rica, y el empleo de cochero, mucamo o chauffeur no tiene ya atractivo para los hombres.

Conocemos un anciano coronel que deplora profundamente este estado de cosas. Desde hace tres meses busca con el mayor afán un hombre a quien encargarle los trabajos y el cuidado de una quinta en la que pasa varios meses al año.

La semana pasada, el coronel hizo publicar, por quinta vez, un aviso en los diarios solicitando el hombre que necesitaba. El único que se presentó fué un viejito de unos setenta años, pero provisto de los mejores certificados.

—Lo que quiero—le dijo el coronel—es una persona que sepa hacer de todo y que no tenga miedo al trabajo... Uno, en fin, que pueda hacerme un poco de cocina, tener la casa limpia, manejar el auto y cuidar los dos caballos... También habría que hacer un poco de jardinería, pues no compro ninguna clase de verdura: todas deben salir de mi quinta. Por supuesto que hay que atender los gallineros y ordeñar una vaca que me da una leche excelente. De vez en cuando habrá que dar una manita de pintura y tal vez empapelar, porque la casa es un poco húmeda. A esa humedad hay que combatirla...

—Perdón, señor—le interrumpe el postulante,—¿quiere decirme de qué calidad es la tierra de su quinta?

—¿Qué tiene que ver la clase de tierra con el empleo que le ofrezco?

—¡Ah, señor! estaba pensando que si la tierra fuera arcillosa podría entretenerme en fabricar ladrillos... en los momentos desocupados.

Andrés J. RENARD.

Grandes inundaciones

Durante el siglo pasado hubo algunas inundaciones espantosas. En 1876 quedó sumergida bajo las aguas del Theiss y del Maros la ciudad de Szegedin (Hungría) y fueron destruídos todos los trabajos de defensa, se hundieron 6.000 casas, y las aguas arrastraron 2.000 cadáveres.

En 1887 se desbordó el río Amarillo, y su corriente arrasó 1.500 pueblos chinos. Las víctimas se contaban por millones.

En 1888 fueron devastados por las inundaciones los condados ingleses de Yorkshire, Lancashire y Derbyshire.

En 1889 la inundación de Johnstown (Estados Unidos), causó la muerte de 6.000 personas. Las pérdidas se calculaban en diez millones de pesos oro.

En 1890 murieron 5.000 personas a consecuencia de las nuevas inundaciones de China. El río Amarillo rompió los diques y se extendió más de dos millas cubriendo el país con una capa de agua de cerca de cuatro metros. Las pérdidas fueron incalculables.

En 1894 se desbordó el Támesis, haciendo grandes destrozos en Windsor y Oxford, y en 1896, también en Inglaterra las inundaciones de Llanelly causaron pérdidas por valor de tres millones.

Grandeza y decadencia de la barba

Historia altamente instructiva sobre la instabilidad de los juicios humanos

Al Dr. Matías Calandrelli, pilosamente.

Nuestros remotos abuelitos de la edad de bronce llevaban barba entera, en parte por la razón fundamental de que carecían de instrumentos para cortársela y de ideas para pensar en cortársela. Los pueblos antiguos históricos estimaban en mucho ese ornamento del rostro; representaban a los dioses y los héroes con largas barbas para darles un aspecto más majestuoso. "El hombre sin barba, dice un autor romano, es tan feo como un árbol sin hojas o un pájaro sin plumas". Según Hesiquio, patriarca de Jerusalén, los signos exteriores de nuestra perfección son una barba larga y cabellos largos. "La barba, dice San Clemente de Alejandría, es la flor de la virilidad. Dios le atribuye tanta importancia que la hace aparecer en el hombre al mismo tiempo que la razón". Tertuliano considera la costumbre de afeitarse como un engaño y una tentativa impía para corregir la obra divina.

Sólo por excepción prevalece en los pueblos antiguos la costumbre de afeitarse. Los egipcios fueron los primeros que la adoptaron y todas las representaciones los muestran sin barba. Sólo algunos faraones, como el Chefren del Museo de Giseh, aparece con una barbita rala llamada "barba osiriaca".

También se afeitaban los caldeos, pero los asirios y los persas conservaban la barba entera y probablemente la longitud de ésta se tenía por señal de dignidad, pues en los bajorrelieves de Persépolis todos los servidores llevan barba mucho más corta que la de los jefes. Entre los hebreos la ley religiosa les prohibía afeitarse, prescripción debida, según se cree, al propósito de apartarlos de las prácticas de los gentiles que consagraban a los dioses su primera barba. La recuerdan, sin duda, los judíos actuales. En Grecia se acostumbraba llevar barba hasta la época de Alejandro, y el primero que se atrevió a cortársela se atrajo el sobrenombre de "esquilado". Pero Alejandro ordenó que sus soldados se afeitaran, a fin de que los enemigos en los combates de cuerpo a cuerpo no les agarraran por la barba. Aristóteles refiere que en Esparta, cuando los éforos entraban en funciones, hacían a los ciudadanos, por boca del heraldo, la doble recomendación de "cortarse los bigotes y obedecer las leyes". Entre los filósofos era la barba una especie de insignia profesional y un autor antiguo afirma que "es para ellos indispensable, a fin de inspirar confianza a los discípulos".

Hasta el tiempo de las guerras púnicas los romanos conservaron la barba, y la aversión por las navajas de afeitar era tal, que un fragmento de la ley de las Doce Tablas prohibía hasta a las mujeres hacer uso de ellas para suprimir el vello que atentaba contra su belleza: "Mulieres ne radunto".

Los romanos comenzaron a afeitarse trescientos años antes de nuestra era, cuando Ticinio Mesa llevó a Roma un gran número de barberos, reclutados como esclavos en Sicilia.

La costumbre de afeitarse por completo el rostro prevaleció entre ellos durante cuatro siglos, es decir, hasta que Adriano volvió a usar barba a causa de unas llagas repugnantes que tenía en la cara y que quería ocultar.

Los bárbaros que en el siglo IV invadieron a Roma usaban barba entera. Sólo los galos y los francos se afeitaban la cara, pero dejaban crecer sus largos y puntiagudos bigotes.

Entre los anglosajones se tenía mucha estimación por la barba. El "Wergild", que era la multa que pagaba el agresor por las heridas causadas, ascendía a 12 chelines por una costilla rota y a 20 por una barba perjudicada en su integridad.

En Francia, a principios de siglo XVI, era costumbre llevar los cabellos largos y la cara afeitada. Francisco I, a consecuencia de haberle caído en la cabeza durante una orgía de carnaval un tizón encendido, se vió obligado a hacerse cortar los cabellos; como compensación se dejó crecer la barba, a la manera italiana. El ejemplo fué seguido inmediatamente, pero el rey vió en esta moda una fuente de renta y sometió a impuesto el derecho de llevar barba. Una ordenanza del año 1533 dispone que se condene a galeras a los que pretendan eludir la obligación de pagar ese impuesto y lucir sus propios pelos.

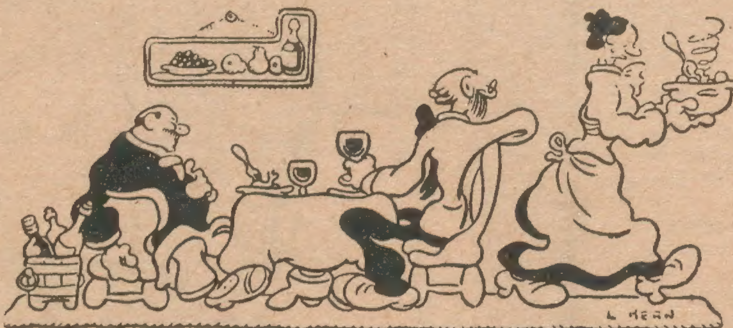
La iglesia católica prohibe al clero el uso de la barba, aunque entendemos que en la actualidad esta prescripción no se observa con rigor.

Durante más de diez siglos no se conoció un papa con barba, de modo que allá por el año 1500 Julio II, que la usaba, y muy bella, escandalizó a la cristiandad. A su muerte, el concilio de Letrán restableció para el clero la obligación canónica de la navaja. Cuando Guillermo Duprat, dueño de una de las barbas más respetables de su tiempo, fué nombrado obispo de Clermont y quiso, en 1536, tomar posesión de su sede, halló las puertas de su catedral cerradas, y el Capítulo, en vez de recibirle, le presentó en bandeja de plata un par de tijeras y el libro de los estatutos de la Iglesia abierto en la página en que hablaba "de barbis radendis".

Después de su primer viaje por el occidente de Europa, Pedro el Grande de Prusia queriendo, como decía, obligar a su manada de animales a adquirir figura humana" y con el pretexto de que "la barba es un adorno inútil", la prohibió a los rusos que hasta entonces la llevaban y muy larga. El privilegio de conservarla se concedía a los que pagaban una suma bastante elevada. Un úkase de 1705 fijó ese impuesto en 100 rublos para los funcionarios y comerciantes, en 60 para los terratenientes y en 30 para los habitantes de Moscú. Los refractarios eran afeitados a la fuerza. Sesenta años duró esta persecución contra las barbas, que tuvo también sus mártires, pues muchos emigraron de Rusia antes que resignarse a perder un apéndice de tan escasa utilidad.

Dr. J. PERALTA ALEM.

HIGIENE CULINARIA



—Es una verdadera joya la cocinera nueva. Higiénica hasta más no poder: lava los platos al sublimado.

Las enfermedades de las profesiones

Toda persona que trabaja largo tiempo en cualquier industria no deja de contraer más tarde o más temprano la enfermedad o padecimiento propio de la ocupación. Algunas de estas enfermedades son misteriosas y muchas de ellas peligrosas.

Los panaderos, por ejemplo, tienen mala dentadura. El polvillo de la harina que se adhiere a los dientes se pone ácido y origina una especie de caries. Por la irregularidad de su vida, pues generalmente trabajan de noche y por el aire cálido y el polvo que respiran, los que se dedican a la fabricación del pan son propensos a morir víctimas de la tisis.

Los caldereros pierden el oído por efecto de los continuados martillazos que escuchan mientras trabajan.

Los cerveceros suelen tener el aspecto muy saludable, pero si beben mucha cerveza se estropean el hígado y mueren relativamente jóvenes.

La llamada "calentura de los latoneros" es otra de estas enfermedades peculiares de las profesiones, pero sus efectos son temporales. La padecen casi todos los que entran a trabajar en las fundiciones de latón y se presenta con escalofríos, dolor de cabeza, mucha tos y fiebre muy alta. Su causa es la inhalación del polvo metálico y de los vapores de cinc y cobre, pero tiene la ventaja de durar sólo dos o tres días y de inmunizar al enfermo de tal suerte que el que padece una vez esta fiebre, no vuelve a padecerla más.

La enfermedad característica de los herreros es la parálisis completa del lado derecho del cuerpo, debida al continuo choque del martillo. También pierden mucho la vista por efecto del resplandor del fuego.

La miopía es asimismo muy común entre los cocineros, pero en este caso se debe a los vapores calientes que se desprenden del horno al abrirlo para cuidar los manjares que se condimentan en él.

Los vapores de la nafta son casi tan malos como los del cloroformo. La "intoxicación por la nafta" es peculiar de los que trabajan en la fabricación de este producto y de los que lo usan en abundancia para ciertas industrias.

A los pulidores de muebles se los conoce generalmente por el eczema que tienen en el rostro y en las manos, cuya causa se atribuye al alcohol impuro que usan en su trabajo.

1892 - JULIO - 1919

MES DE NUESTRO ANIVERSARIO

PRECIOS REDUCIDOS



JUEGO DE COLLAR, oro blanco, con medalla de nácar, montura de oro 18 kilates y platino, con diamantes, a . . . . $ **160.—**



ALFILER para corbata, de oro 18 kilates, con perlas finas y diamantes, $ **185.—**



PRENDEDOR de oro 18 ktes., con perlas finas, a pesos . . . . **38.—**



PRENDEDOR de oro 18 ktes. y platino, con brillantes, diamantes y zafiro, a pesos . . . . **260.—**



ALFILER para corbata, oro 18 kilates y platino, con esmalte, brillantes y perla fina, a pesos **135.—**



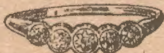
MEDALLA de nácar con montura de oro 18 ktes. y platino, con perlas finas, diamantes y zafiros, a pesos. . . . **300.—**



AROS de oro 18 ktes., con diamantes, a . . . . . $ **37.—**



ANILLO de oro 18 ktes., con brillante, a . $ **120.—**



ANILLO de oro 18 ktes., con brillantes, a pesos **170.—**



AROS de oro 18 ktes., con diamantes, $ **26.—**



GEMELOS de oro 18 ktes., cincelados, con brillantes, $ **125.—**



PRENDEDOR de oro 18 kilates y platino, con perlas finas, brillante y diamantes, $ **240.—**



Obsequiamos

a todo comprador con la mascota de plata maciza como el modelo.



CASA ESCASANY

JOYERÍA Y RELOJERÍA

PERÚ ESQ RIVADAVIA — BUENOS AIRES

SUCURSALES: BAHIA BLANCA, TUCUMAN, MAR DEL PLATA

PUCHITOS

La moda cruel de utilizar plumas para el adorno de los sombreros femeninos, moda que va decayendo por falta de favor de las mujeres inteligentes, exige cada año millones de víctimas (garzas, colibríes, orioles, martinpescadores, etc.). Los plumajes de más de medio millón de colibríes llegan anualmente a Europa. Hace cincuenta años la importación de plumas en Francia era de cinco millones y medio de francos; en 1900 llegaba a cuarenta y dos millones.

———

En la ciudad de Buenos Aires hay unas 137.000 casas; cerca de la mitad, 68.000, carecen de servicios de cloacas. Buenos Aires no es, pues, una ciudad higiénica.

———

Mediante artificios de teñido y preparación, las pieles de conejo se convierten, a gusto del peletero, en toda clase de especies raras. Si son de pelo largo, se las prepara y se las vende como pieles de marta de Siberia; depiladas, pasan por ser de castor; cortado el pelo a máquina en cierta manera, se transforman en pieles de nutrias marinas. En un informe oficial de un delegado del ministerio de comercio francés se afirma que "las pieles de conejo constituyen por lo menos las dos terceras partes del consumo de pieles de todo el mundo".

———

El cuello postizo que, como otras cosas menores de uso diario, fué un gran invento, acaba de cumplir su centenario. La mujer de un herrero de Troy, en el estado de Nueva York, concibió en 1819 la idea de fabricar para su marido un cuello suelto que se ajustaba a la camisa por medio de cintitas. La buena mujer se ahorraba así el trabajo de lavar diariamente la camisa de su marido. El herrero, muy satisfecho del invento de su mujer, solía mostrarlo a todo el mundo en la taberna donde iba por las noches. Entre los clientes de la taberna, había un tal Ebenezer Brown que comprendió en seguida la utilidad del cuello postizo y pensó que la idea podía producir dinero. Años después se estableció como fabricante de cuellos postizos, ayudado por su mujer y su hija que se encargaban de confeccionarlos. Los comienzos fueron difíciles: Brown recorría casa por casa y pueblo por pueblo ofreciendo su mercadería. Los elegantes rechazaban la nueva moda. Sólo cuando se pensó en sujetar los cuellos con botones, en vez de cordoncillos o cintas, su empleo se hizo casi general.

———

En Lasa, que es una ciudad religiosa, algo así como un gran convento, residencia de la más alta autoridad de la religión tibetana, toda persona que sale a la calle debe pintarse la cara con una especie de barniz negro y pegajoso, a fin de que su belleza física no induzca en tentación a los transeuntes.

———

Durante los siglos XVI y XVII era costumbre que los hombres conservasen puesto el sombrero en el interior de las iglesias protestantes de toda Europa.

Pepys anota en su "Diario" como una cosa extraña, el hecho de haber visto predicar a un presbítero con la cabeza descubierta en una iglesia francesa de Saboya, el año 1662.

Otro autor de la época dice que los individuos de algunas congregaciones se quitaban el sombrero para cantar los Salmos, pero se cubrían después.

En Inglaterra hubo un tiempo en que decayó la costumbre; Guillermo III la volvió a poner en vigor. El monarca permanecía descubierto mientras duraban las oraciones del servicio religioso, pero se ponía el sombrero para oír el sermón.

En algunos puntos de la Gran Bretaña ha subsistido hasta fines del siglo XVIII la costumbre de entrar en las iglesias con el sombrero puesto.

———

En la Edad Media la gente no llevaba camisa. En el año 1600 la camisa era todavía un lujo que no todo el mundo se permitía. Su uso no era general en Inglaterra, a juzgar por el testimonio de Shakespeare, que en su drama "Enrique IV" nos dice que Falstaff, encargado de reunir una compañía de reclutas, no halló al inspeccionarlos más que una camisa y media para ciento cincuenta hombres. "La media camisa, agrega, se compone de dos servilletas cosidas juntas, sin mangas y echadas sobre los hombros como el justillo de un heraldo de armas. En cuanto a la camisa entera... parece ser el producto de un robo".

———

En su "Historia del traje en Inglaterra", hace notar Planché que en casi todos los manuscritos anglosajones iluminados aparecen las figuras con la cabellera pintada de azul, así como la barba.

En un Pentateuco sajón, los bucles de la cabeza de Eva son también azulados.

Indudablemente ha existido la moda de llevar teñido el cabello de color verde y anaranjado, según puede verse en documentos muy antiguos, mas parece ser que el color azul ha sido el predilecto.

Otro escritor dice, ocupándose del asunto, que está fuera de duda el hecho de que los antiguos se teñían el pelo; pero no se puede determinar si este tinte se lo daban tiñéndoselo realmente, en el verdadero sentido de la palabra, con líquidos especiales, o cubriéndoselo con polvos del color requerido por la moda.

El célebre político inglés Carlos Fox se empolvaba el pelo con polvos azules.

Un periódico de su época, al describir la indumentaria que usaba el gran estadista, después de considerarle como el rey de la moda, decía que llevaba los tacones de los zapatos de color encarnado y el cabello azul.

———

En la costa meridional de Sicilia, se produce un fenómeno que recibe el nombre de Marobia, derivación sin duda de las palabras latinas "mare ubbriaco", mar borracho, y el cual consiste en una violentísima agitación del agua, especialmente al sud de la isla, y que efectuándose en tiempo de calma se considera como signo precursor de un temporal.

Donde con mayor fuerza se siente es cerca de Mazzara, debido sin duda, a la configuración de la costa. Tras de una calma chicha y un cielo de color lívido se eleva el nivel del mar unos 0,06 metros de su nivel ordinario, y con espantable celeridad invade las orillas y se retira removiendo profundamente el fango, destrozando las plantas marinas y exhalando un pestilente olor.

Este fenómeno, que dura de media hora a dos y a veces más, se deja después sentir por rachas violentas.

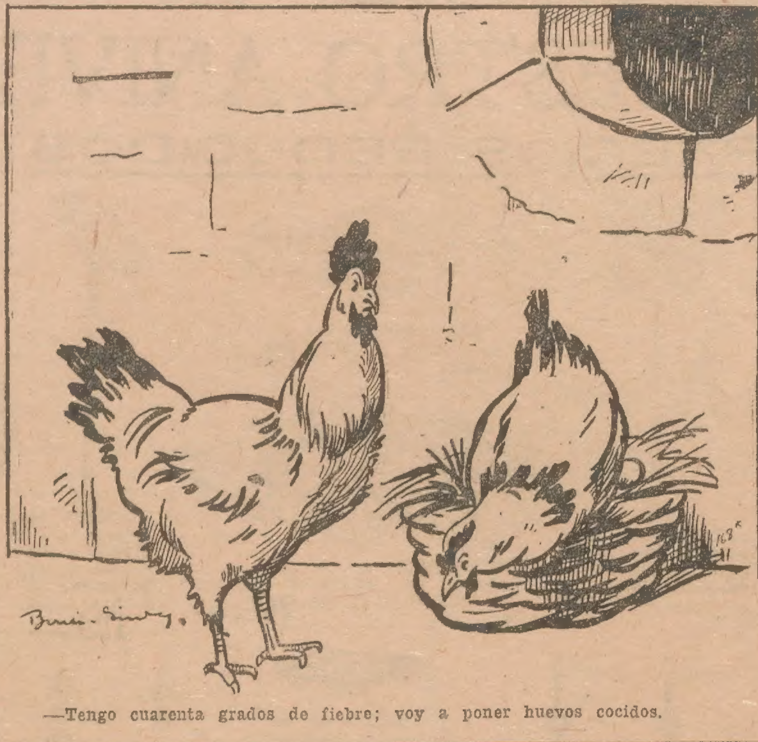
Se cree que la causa de la "Marobia" es el encuentro o choque del viento O. que reina hacia la costa N. de Sicilia y los del S. E. que se sienten en el Canal de Malta.

———

El caracol, del que se conocen más de 1.600 especies diferentes, tiene gran resistencia vital. Si se le cortan algunas partes del cuerpo, como, por ejemplo, los tentáculos, los ojos y aun la cabeza, con tal de que se conserve el ganglio encefálico, brotan de nuevo órganos nuevos en sustitución del mutilado.

El caracol común ofrece otra particularidad no menos notable. Por sus pulmones, por su corazón y por su sistema circulatorio hay que considerarle como otro cualquier ser para cuya vida sea necesaria la respiración, y sin embargo puede vivir mucho tiempo sin absorber el más mínimo átomo de aire, lo cual está en completo desacuerdo con la teoría, generalmente admitida, de que el aire es esencial para la existencia de los seres dotados de pulmones.

INQUIETUD



—Tengo cuarenta grados de fiebre; voy a poner huevos cocidos.

El tatuaje

Hay quienes afirman que el tatuaje, que aún cuenta con adeptos en los países civilizados, sobre todo entre los marineros, ha sido usado desde tiempos prehistóricos; se basa este aserto en huesos hallados en las cavernas, con dibujos tallados que representan brazos humanos adornados con signos que parecen adheridos a la piel. Muchos pueblos salvajes practican el tatuaje en la actualidad. Los negros de Africa y de Australia cuya piel se presta poco para recibir dibujos de color, reemplazan a éstos por un tatuaje de cicatrices que se hacen mediante un trozo de piedra afilado. Con éste se cortan la piel, y a fin de que una vez cicatrizada quede sobresaliente la huella de la herida, provocan la tumefacción espolvoreándose la herida con cenizas durante dos o tres meses o haciéndose picar por hormigas. Otros emplean cáusticos. Los jefes de tribus de Guinea tienen la piel como damasquinada por la profusión de los tatuajes; en el Decan las mujeres llevan en la frente, brazos y senos, dibujos cicatrizados que representan flores. Los polinesios conceden una importancia particular al arte de tatuarse, y precisamente a su idioma pertenece la palabra "tatou", de la cual deriva tatuaje. En Nueva Zelandia los indígenas acostumbraban a hacerse tatuajes complicados de significado simbólico, pues por ellos referían su origen y sus hazañas. Los esquimales creen que tatuándose de una manera determinada se podrá ser feliz en la otra vida; se tatúan, pues, por principio religioso, entendiendo que ciertas líneas y dibujos revelarán su honestidad después de muertos.

En la mayor parte de los pueblos antiguos de Asia y de Europa se encuentra vestigios de esta práctica. En uno de los textos bíblicos, Jehová prohibe a los hebreos hacerse incisiones en señal de duelo o imprimirse caracteres en el cuerpo. Herodoto refiere que entre los griegos del tiempo de Homero se usaba el tatuaje como señal de consagración. Las mujeres tracias solían tatuarse en conmemoración de la muerte de Orfeo. Los antiguos bretones se coloreaban la epidermis con tierra de color y con la misma substancia se grababan más profundamente dibujos de flores y de animales. Los germanos tampoco ignoraban este artificio.

Aun entre los greco-romanos del período clásico existía el tatuaje, pero no ya como algo decorativo, sino más bien como algo despreciable. En Grecia se imprimía en la frente de los esclavos fugitivos y de los prisioneros, dibujos que servían para reconocerlos. En otro tiempo, en Francia, se marcaba a los presidiarios con un hierro candente, en un hombro. En Roma, durante el Imperio, se estableció la costumbre de señalar con signos imborrables en el dorso de la mano de los soldados el número de su matrícula; también a ciertos obreros del estado (monederos, armeros, etc.), se los marcaba en la piel con el nombre del emperador, para impedir que huyeran.

En nuestros días algunas tribus árabes o kábilas del norte de Africa marcan a sus miembros con signos grabados en la frente, las sienes o las manos. A fines del siglo XVII no existían en Irlanda registros civiles y los padres hacían inscribir en el brazo de sus hijos, con pólvora de cañón, el nombre y la edad.

Actualmente en los países civilizados sólo practican el tatuaje las clases inferiores: marineros, presidiarios y mujeres de mala vida. Sólo en el Japón está muy difundido y conserva su importancia primitiva. En este país la mayor parte de las personas dedicadas a ocupaciones penosas y que por lo común van escasamente vestidas, como los que arrastran vehículos, los estibadores, cargadores, etc., acostumbraban, para disimular su desnudez, cubrirse los brazos, el tronco y las piernas, pero no la cara ni las manos, con una multitud de tatuajes ornamentales llamados "camisa de carne", que representaban animales fantásticos, pájaros, flores, escenas militares, ropas, etc. Había verdaderos artistas del tatuaje que en pocas horas hacían con una aguja los dibujos más complicados, algunos de hasta 200.000 puntos, con tinta china o bermellón. El gobierno japonés ha prohibido el tatuaje.

EN CASA DEL Sr. QUEMADA



—¡Los sesos están quemados, la sopa tiene dos kilos de sal, la mayonesa está cortada! Jesusa se ha hecho maximalista...

Un rey "sopista"

Luis XIV tenía fama entre sus compatriotas de ser muy comilón y aficionado a los manjares sólidos, mas no por eso despreciaba los líquidos, antes al contrario, sentía verdadera debilidad por la sopa.

Si es cierto lo que dicen los médicos, el esposo de la Maintenon debía de tener muy dilatado el estómago por la acción disolvente de las sopas que ingería.

Al revisar los anales culinarios del siglo XVII, causa verdadera sorpresa el importante papel que las sopas desempeñaban en las comidas de aquel tiempo.

En el almuerzo del monarca figuraban casi siempre cuatro sopas diferentes. A título de curiosidad se puede copiar el siguiente "menú" regio:

"Petit dejeuner privé de sa majesté le roi. — Quatre potages: Soupe au boeuf bouilli. — Idem aux pigeonneaux — Garbure d'Auvergnes — Potage de riz á la cannelle".

A estas cuatro sopas, que por sí solas constituyen una comida más que suficiente para dejar ahito a un gañán, siguen en la lista a que nos referimos cinco platos fuertes, los postres y los vinos, y eso que sólo se trata de un "petit dejeuner privé".



LA CRISIS DE CASAS DE ALQUILER

—Señora portera: si me consigue el departamentito le daré 100 pesos... y 200 pesos de aguinaldo... y...
—No puedo; ha venido otro que me ha ofrecido casarse conmigo.

El fletcherismo

Un diario inglés anunciaba últimamente la muerte, a una edad avanzada, de un médico conocido, cuyas hazañas igualaron a las del famoso ayunador profesional Succi.

En varias ocasiones ese médico, sometido a la observación de algunos colegas, de cuya buena fe no se puede dudar, permaneció unos cuarenta días sin comer. Sólo bebía algunos tragos de agua de vez en cuando. Sostenía que comemos demasiado y que, por lo general, el hombre puede vivir con la vigésima parte de los alimentos que habitualmente consume.

Esta teoría, o por lo menos una semejante, no es nueva. El más conocido de los que la pusieron en práctica fué el danés Horacio Fletcher, inventor y apóstol del "fletcherismo" o teoría de la masticación. Se basa ésta en un hecho indudable: el de que un alimento bien masticado es digerido mejor y, por consiguiente, proporciona mayor cantidad de substancias asimilables. Masticando y digiriendo bien se necesita comer menos, tan poco, en realidad, que es como la dieta de un enfermo delicado.

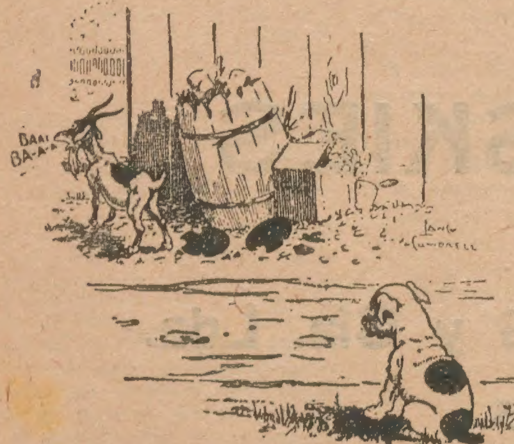
A la edad de 45 años era un hombre de constitución débil y enfermiza. Los médicos le habían pronosticado que viviría poco. Entonces fué cuando se sometió al régimen de que fué después propagandista: masticación larga y lenta y escasa alimentación. Al cabo de un año Fletcher era otro individuo en cuanto a resistencia física. Solía hacer cien kilómetros en bicicleta antes de su ligero desayuno. Meses después resultaba vencedor en una prueba de resistencia, en la que tomaron parte veinte atletas jóvenes del ejército norteamericano.

Dedicóse a propagar activamente su "doctrina" mediante publicaciones y tratados que circularon en centenares de miles de ejemplares. Pronto halló millares de adeptos en los Estados Unidos.

En sus últimos años Fletcher llegó a suprimir radicalmente toda comida regular. No comía sino cuando realmente sentía hambre y consumía entonces cualquier cosa: chocolate, dátiles, bizcochos, una costilla, etc. Esta comida le bastaba para unos ocho días y a veces más.

El fletcherismo siempre ha sido considerado con mucha atención en los Estados Unidos. Los higienistas lo recomiendan en cuanto se funda en la necesidad de una buena masticación, aunque creen que exagera en cuanto a la cantidad de alimentos necesaria al hombre. En cambio otros extreman las ideas del iniciador y sostienen que se puede vivir casi sin comer. Se les llama "los que viven de aire", pero sin duda agregan alguna cosita al aire.

Dr. LOOYER.



LIRICA

—Seguramente, la cabrita se ha comido un disco de Caruso.

El talismán

Eramos tres esa noche; tres de los buenos. Vean: Jim, campeón de box de gran peso; Jack, campeón de lucha a cuchillo, y John—un servidor—campeón de nada, pero provisto de una excelente Browning. En los últimos ocho días habíamos dilapidado nuestro capital en orgías diversas y era urgente, por lo tanto, tonificarnos los bolsillos.

Las once de la noche. No hay luna. Nos deslizamos furtivamente por una calleja solitaria y nos estacionamos por último en un rincón apropiado, junto a la pared. Esperamos durante una hora. De pronto Jim me tocó con el codo. Oímos los pasos irregulares de un caballero ebrio que se acercaba. En el momento en que iba a pasar junto a nosotros Jim le aplicó un "swing" corto y lo tendió a nuestros pies. Jack a su vez le tiró un par de puñaladas, muy hábiles por cierto y el personaje quedó inanimado.

Dos minutos después estaba desnudo como un pez y nos disponíamos a huir cuando una voz resonó en la obscuridad.

Sentí que los cabellos se me erizaban y que la lengua se me quedaba inmóvil, pegada al paladar como una vulgar estampilla de correo. Pero pronto me tranquilicé. Era el caballero que aún no había muerto y decía:

—Déjenme por lo menos el centavo agujereado que está en la tercera división de mi portamonedas: es mi mascota; me trae suerte.

El pie de momia



Entré, por distraerme, en uno de esos negocios de curiosidades que llaman bric à brac. Sin duda, el lector ha echado una ojeada al pasar, al interior de algunos de esos negocios que tan numerosos se han hecho desde que está de moda comprar muebles antiguos y desde que cualquier modesto empleado se cree obligado a tener su saloncito medioeval. Es algo que tiene a la vez un poco de ferretería, de tapicería, de taller de pintor y de laboratorio de alquimista, lo que se ve en esos antros misteriosos adonde sólo entra una media luz prudente y donde lo más notoriamente antiguo es el polvo; las telarañas son más auténticas que los encajes, y el peral viejo es más joven que la caoba llegada ayer de América.

La tienda de mi vendedor de bric à brac era un verdadero Cafarnaum; parecía que todos los siglos y todos los países se habían dado cita allí; una lámpara etrusca de tierra roja había sido puesta sobre un armario de Boule, de tableros de ébano severamente rayados con filamentos de cobre; una "duquesa" del tiempo de Luis XV alargaba negligentemente sus pies de cervatilla debajo de una pesada mesa del reino de Luis XIII, de gruesas espirales de robles y tallas entrelazadas de hojas y quimeras. Una armadura damasquinada de Milán, espejeaba en un rincón el vientre en hojas de su coraza; amorcillos y ninfas de biscuit, mascarillas de la China, cuencas de loza agrietada, tazas de Saxe y Sèvres antiguos llenaban los estantes y rinconeras.

Sobre las tablillas denticuladas de los aparadores, se alineaban grandes platos del Japón, de dibujos rojos y azules realzados con filetes de oro, junto con esmaltes de Bernardo Palissy, que representaban culebras, ranas y lagartos en relieve.

De los armarios desvencijados desbordaban cascadas de paños plateados, oleadas de brocatel acribillado de granos luminosos por un rayo de sol oblicuo; retratos de todas las épocas sonreían a través de su barniz amarillento, en marcos más o menos descoloridos.

El dueño del negocio me seguía con precaución en el pasadizo tortuoso practicado entre las pilas de muebles, tendiendo la mano temerosa cada vez que los faldones de mi traje amenazaban un objeto y vigilando mis codos con la atención inquieta del anticuario y del usurero.

Era una figura singular la de ese hombre: un gran cráneo, pelado como una rodilla, rodeado por una delgada aureola de cabellos blancos, que hacía resaltar más vivamente el color salmón claro de la piel, le daba un falso aspecto de bonhomía patriarcal, corregida, por lo demás, por el brillo de dos ojillos amarillentos que temblaban en sus órbitas como dos luises de oro sobre azogue. La nariz curva tenía una silueta aquilina que recordaba el tipo oriental del judío. Sus manos, flacas, largas, venosas, llenas de nervios sobresalientes como las cuerdas de un arco de violín, con las uñas semejantes a las ganchudas de las alas de un murciélago, tenían un inquietante movimiento de oscilación senil; pero esas manos agitadas por una contracción febril, se volvían más firmes que tenazas de acero cuando levantaban algún objeto precioso, una copa de ónix, un vidrio de Venecia o una fuente de cristal de Bohemia. Ese viejo tenía un aspecto tan profundamente rabínico y cabalístico que hace tres siglos lo hubieran llevado a la hoguera con sólo verle la cara.

—¿No me comprará nada hoy, señor? Aquí hay un "kriss" malayo cuya hoja ondula como una llama. Mire estas estrías para que corra la sangre y estos dientes cortados en sentido inverso para arrancar las entrañas al sacar el puñal; es un arma feroz, de hermoso estilo, que quedaría muy bien en su trofeo. Esta espada de dos filos es también algo hermoso; la hizo José de la Hera.

—No; tengo demasiadas armas e instrumentos de matanza; quisiera una figulina, un objeto cualquiera que sirva de apretapapel; no puedo soportar esos bronces de pacotilla que venden las papelerías y que se ve invariablemente en todos los escritorios.

El viejo gnomo, huroneando entre sus curiosidades, me fué mostrando broncecillos antiguos más o menos auténticos, trozos de malaquita, ídolos hindúes o chinos, figuras de jaspe, encarnaciones de Brama o de Visnú muy apropiadas a un uso tan poco divino como el de mantener en su sitio cartas y diarios.

Yo vacilaba entre un dragón de porcelana, constelado de verrugas, con las fauces ornadas de colmillos y un pequeño fetiche mejicano, de abominable aspecto, que representaba al natural al dios Witziliputzili, cuando advertí un pie encantador que en el primer momento me pareció un fragmento de Venus antigua.

Tenía la hermosa entonación leonada que da al bronce florentino ese aspecto cálido y viviente, tan preferible al verde gris de los bronces ordinarios que a veces parecen estatuas en putrefacción: satinados lustrosos palpitaban en sus formas redondeadas y pulidas por los besos amorosos de veinte siglos, pues sin duda era un bronce de Corinto, una obra del mejor tiempo, acaso fundida por Lisipo.

—Este pie me conviene—dije al viejo, que me miró con expresión irónica al tenderme el objeto pedido para que lo examinara cómodamente.

Ante todo me sorprendió que fuera tan liviano; no era un pie de metal, sino un pie de carne, un pie embalsamado, un pie de momia; mirándolo de cerca se podía distinguir el leve grano de la piel y la huella delicada de las cintas que lo oprimieron. Los dedos eran delgados, delicados, de uñas perfectas, puras y transparentes como ágatas; el pulgar, un poco separado, contrariaba armoniosamente el plano de los demás dedos, a la manera antigua, y le daba una soltura, una esbeltez de pie de pájaro; la planta apenas surcada por rayas casi imperceptibles, demostraba que sólo había tenido contacto con las más finas esteras de juncos del Nilo y los más mullidos tapices de piel de pantera.

—¡Ah! ¿quiere el pie de la princesa Hermontis? —dijo el viejo con sorna extraña, clavándome la mirada de sus ojos de buho—¡ah! ¡para apretapapel! Es una idea original; una idea de artista. Habría sorprendido ciertamente al viejo Faraón quien le hubiese dicho que el pie de su hija adorada serviría de apretapapel, a él, que hacía horadar una montaña de granito para encerrar en ella el triple féretro pintado y dorado, cubierto de jeroglíficos y de hermosas escenas que representaban el juicio de las almas...

—¿En cuánto me vende este fragmento de momia?

—¡Oh, lo más caro que pueda! Es una pieza soberbia. Si tuviera el otro pie no lo daría por menos de quinientos francos. Convengamos en que un pedazo de una hija de Faraón es algo muy raro...

—Sin duda, no es común; pero ¿cuánto quiere? Ante todo le advierto que toda mi fortuna está compuesta por cinco luises. Compraré cualquier cosa que valga cinco luises, pero nada que cueste un céntimo más. Puede usted escrutar los bolsillos interiores de mi chaleco y mis gavetas más íntimas: no hallará más que cinco luises.

—Cinco luises por el pie de la princesa Hermontis es poca cosa, muy poco por cierto, pues se trata de un pie auténtico, dijo el viejo meneando la cabeza e imprimiendo a sus ojos un movimiento rotatorio... Bien; llévelo, y de yapa se lo envolveré en este pedazo de damasco; hermosísima tela este damasco; es de la India; jamás ha sido teñido; es fuerte y suave,—murmuraba pasando los dedos por el tejido, por un resto de costumbre comercial que le hacía alabar un objeto de tan escaso valor que lo usaba para envolver.

Echó las monedas de oro en una especie de portamonedas medioeval que traía a la cintura, repitiendo:

—¡El pie de la princesa Hermontis como pisapapel!

Luego, fijando en mí sus pupilas fosforescentes, me dijo con voz estridente como el maullido de un gato que acaba de tragarse una espina.

—El Faraón no estará contento; quería mucho a su hija, amigo mío.

—Habla usted como si fuese su contemporáneo; es muy viejo, sin duda, pero supongo que no tanto como las pirámides de Egipto—le repuse riendo, al trasponer el umbral.

Entré en mi casa, muy contento con mi adquisición.

Para aprovecharla cuanto antes, la coloqué apenas llegado, sobre un montón de papeles, versos empezados, artículos a medio hacer, cartas olvidadas y puestas en el buzón del bolsillo: el efecto era extraño y romántico.

Salí a la calle y regresé al anochecer, con el cerebro brumoso. Al entrar en la habitación me acarició delicadamente como una bocanada de perfume oriental. El calor del cuarto había entibiado el ''natrum'' el betún y la mirra con que los ''parásquitos'', incisores de cadáveres habían bañado el cuerpo de la princesa. Era un perfume suave aunque penetrante, un perfume que cuatro mil años no habían logrado hacer evaporar. La aspiración del Egipto era la eternidad y sus perfumes duran como el granito.

Pronto bebí a tragos en la copa negra del sueño; durante una hora o dos todo permaneció opaco y el olvido y la nada me envolvían con sus sombras vagas.

Por fin se aclaró esa obscuridad intelectual y los sueños comenzaron a rozarme en su vuelo silencioso.

Se abrieron los ojos de mi alma y vi la habitación tal como era efectivamente; me habría creído despierto si una vaga percepción no me hubiese dicho que dormía y que iba a ocurrir algo extraordinario.

El olor de la mirra había aumentado en intensidad. Sentía cierta pesadez de cabeza, que atribuía a algunas copas de champagne que había bebido en compañía de amigos en honor a los dioses desconocidos y a nuestros éxitos futuros.

Al cabo de algunos instantes la calma de la habitación pareció turbarse, el maderamen crujía furtivamente; el leño, cubierto de ceniza, lanzaba de pronto una llamarada azul y los discos de las páteras parecían ojos de metal alertas como yo a lo que iba a ocurrir.

Mi mirada se dirigió por azar hacia la mesa sobre la cual había puesto el pie de la princesa Hermontis. En vez de estar inmóvil, como corresponde a un pie embalsamado hace cuatro mil años, se agitaba, se contraía y saltaba levemente sobre los papeles como una rana asustada: se hubiera dicho que estaba en contacto con una pila voltaica. Oía el ruidito seco que producía su taloncito, duro como la pezuña de una gacela.

No estaba en ese instante muy contento con mi adquisición, pues prefiero los pisapapeles sedentarios y hallo poco natural ver caminar a pies sin piernas. Sentía algo que semejaba terror.

De pronto vi moverse los pliegues de uno de los cortinados y oí ruidos como de alguien que salta en un pie. Debo confesar que sentí calor y frío alternativamente; un viento imprevisto me corrió por la espalda y los cabellos se me erizaron tan súbitamente que me hicieron saltar el gorro de dormir.

El cortinado se abrió y vi adelantarse a la figura más extraña que uno puede imaginar.

Era una joven, de tez obscura, como la bayadera de Amani, de belleza perfecta y que recordaba al tipo egipcio más puro; tenía ojos de forma de almendra y cejas tan negras que parecían azules; la nariz de corte delicado, casi griega. Se hubiera dicho que era una estatua de bronce de Corinto, si la prominencia de los pequeños pómulos y el ancho un tanto africano de la boca, no indicasen a la raza jeroglífica de orillas del Nilo.

Sus brazos delgados estaban ceñidos de pulseras de metal y de hiladas de vidrio; llevaba los cabellos trenzados en cuerdecillas y sobre el pecho le colgaba un ídolo de pasta verde, en el que se reconocía, por el látigo de siete lonjas, a Isis, conductora de almas. Destellaba en su frente una placa de oro y algunas huellas de afeite interrumpían la tez cobriza de las mejillas.

Su vestidura era muy extraña.

Imaginen una especie de taparrabo de cintas cubiertas de jeroglíficos negros y rojos, endurecidas por el betún y que parecían pertenecer a una momia recién desfajada.

Por uno de esos bruscos giros de ideas tan frecuentes en sueños, oí la voz falsa del vejete que repetía como refrán monótono la frase dicha en su tienda con entonación enigmática:

—Faraón no estará contento; amaba mucho a su hija, amigo mío.

Una particularidad no muy adecuada para tranquilizarme era la de que la aparición no tenía más que un pie; la otra pierna parecía quebrada en el tobillo.

Se dirigió hacia la mesa donde se agitaba cada vez más inquieto el pie de momia. Llegada allí, se apoyó en el borde y vi nacer en sus ojos una lágrima que corrió ligera.

Aunque no hablaba, yo discernía claramente su pensamiento: ella miraba el pie—su propio pie—con una expresión de tristeza suavizada por una gracia infinita; pero el pie saltaba y corría de acá para allá, como movido por resortes de acero.

Dos o tres veces tendió la mano para apresarlo, pero no lo consiguió.

Entonces se inició entre la princesa Hermontis y su pie, que parecía dotado de vida propia, un diálogo muy extraño en copto muy antiguo, tal como sin duda se le hablaba, hace treinta siglos, en la tierra de Ser. Felizmente esa noche yo comprendía el copto a la perfección.

La princesa Hermontis decía con voz dulce y vibrante como una campanita de cristal:

—Bien, querido piececito: huyes siempre de mí, aunque sabes cuánto te cuidaba. Bañábate con agua perfumada en pila de alabastro; suavizaba tu talón con piedra pómez humedecida en aceite de palma; tus uñas eran cortadas con pinzas de oro y pulidas con diente de hipopótamo; elegía para ti bellos ''thabeles'' bordados y pintados, de puntas dobladas, que envidiaban todas las jóvenes de Egipto; tenías en el pulgar anillos que representaban al escarabajo sagrado y llevabas a uno de los cuerpos más leves que puede desear un pie perezoso.

El pie contestó con acento apenado:

—Bien sabes que no me pertenezco; he sido comprado y pagado; el viejo que me compraba sabía bien lo que hacía, y quiere ocasionarte disgusto por no haber querido casarte con él. Te ha jugado una mala partida. El árabe que forzó tu féretro real en el pozo subterráneo de la necrópolis de Tebas, era enviado por él. Quería impedirte que fueras a la reunión de los pueblos tenebrosos en las ciudades inferiores. ¿Tienes cinco monedas de oro para rescatarme?

—¡Ay! ¡no! ¡mis pedrerías, mis anillos, mis bolsillos de oro y de plata, han sido robados—repuso suspirando la princesa Hermontis.

—Princesa — exclamé entonces — jamás me he quedado injustamente con el pie de nadie. Aunque no tengas los cinco luises de oro que me costó, te devuelvo el pie. Lamentaría mucho que por mi culpa quedara coja una personita tan amable como la princesa Hermontis.

Despaché este discurso con un tono de trovador que debió sorprender a la bella egipcia.

Me dirigió una mirada impregnada de gratitud y sus ojos se iluminaron con un resplandor azulado. Tomó el pie, que esta vez se dejó alcanzar, y como una mujer que va a ponerse el borceguí se lo ajustó a la pierna con mucha habilidad.

Terminada esta operación dió dos o tres pasos en la habitación como para comprobar que realmente no cojeaba, y me dijo:

—¡Qué contento se pondrá mi padre! Mi mutilación le desesperaba. Desde el día de mi nacimiento había destinado un pueblo entero para cavarme un sepulcro profundísimo donde pudiera permanecer intacta hasta el día supremo en que las almas deben ser pesadas en las balanzas de Omenti. Ven conmigo a visitarle; te recibirá bien; no olvidará que me has devuelto el pie.

Esta proposición me pareció muy natural. Me puse una ''robe-de-chambre'' que me daba un aspecto muy faraónico; calcé de prisa unas babuchas turcas y advertí a la princesa que estaba listo para acompañarla.

Hermontis, antes de partir, se quitó del cuello la figulina de pasta verde y la depositó sobre las hojas desparramadas que cubrían la mesa.

—Es justo—murmuró sonriendo—que reemplace tu pisapapeles.

Me tendió la mano, una mano suave y fría como piel de culebra, y partimos.

Nos deslizamos por algún tiempo, con rapidez de flecha, por un medio flúido y grisáceo, donde pasaban, a ambos lados, siluetas apenas diseñadas. Por un instante no vimos más que agua y cielo. Minutos después comenzaron a perfilarse en el horizonte obeliscos, pilones y graderías con esfinges.

Habíamos llegado.

La princesa me condujo ante una montaña de granito rosado, donde había una abertura estrecha y baja, difícil de distinguir entre las grietas de la piedra, si no la hubiesen indicado dos estelas cargadas de esculturas.

Hermontis encendió una antorcha y se puso a caminar delante de mí.

Eran corredores tallados en la roca viva; las paredes, cubiertas de cuadros de jeroglíficos y de procesiones alegóricas, debieron ocupar a millares de brazos durante millares de años; esos corredores, de largo interminable, llegaban a estancias cuadradas, en medio de las cuales había pozos por los que descendimos mediante salientes de la pared o escaleras espirales; estos pozos nos conducían a otras estancias de las cuales partían también numerosos corredores, ornamentados con gavilanes, serpientes en círculo y otras figuras místicas, trabajo prodigioso que no debía ver ningún ojo viviente, interminables leyendas de granito que sólo los muertos tendrían tiempo de leer durante la eternidad.

Por fin entramos en una sala tan vasta, tan desmesurada, que no se podía divisar sus términos. Hasta donde alcanzaba la vista se extendían hileras de columnas monstruosas, entre las cuales parpadeaban lívidas estrellas de luz amarilla. Esos puntos brillantes revelaban profundidades incalculables.

La princesa Hermontis me llevaba siempre de la mano y saludaba amablemente a las momias que conocía. Mis ojos se acostumbraban a la penumbra y comenzaban a discernir los objetos.

Vi, sentados en tronos, a los reyes de las razas subterráneas: eran unos viejos secos, arrugados, apergaminados, negros de nafta y de betún, cubierta la cabeza con ''pschents'' de oro, acorazados con pectorales nutridos de pedrerías, ojos con fijeza de esfinge y largas garbas emblanquecidas por la nieve de los siglos. Detrás de ellos estaban sus pueblos embalsamados, de pie, en las actitudes rígidas del arte egipcio y conservando eternamente la postura prescripta por el código hierático. Detrás de los pueblos maullaban, agitaban las alas o chillaban, los gatos, los ibis y los cocodrilos contemporáneos, más monstruosos, aún, en su atadura de fajas y vendas.

Estaban allí todos los Faraones: Cheops, Chefrenes, Psammético, Sesostris, Amenotef. En un estrado más alto dominaban el rey Cromos y Xixutros, que fué contemporáneo del Diluvio, y Tubal Cain, que lo precedió.

Más lejos, en un vapor polvoriento, la niebla de la eternidad, distinguí vagamente a los setenta y dos reyes preadamitas, con sus setenta y dos reyes desaparecidos para siempre.

Después de haberme permitido gozar por algunos minutos de este espectáculo vertiginoso, la princesa Hermontis me presentó a su padre el Faraón, que me hizo un saludo con la cabeza, muy majestuoso.

—¡He hallado mi pie! ¡He hallado mi pie!—exclamaba la princesa golpeando las manos como expresión de una intensa alegría—¡este señor me lo ha devuelto!

Las razas de Kemé, las razas de Nahasi, todas las naciones negras, bronceadas y cobrizas, repetían en coro:

—¡La princesa Hermontis ha hallado su pie!

El mismo Xixutros pareció conmoverse. Alzó el párpado pesado, pasóse los dedos por el bigote y me dirigió una mirada cargada de siglos.

—¡Por Oms, perro de los infiernos y por Tmei, hija del Sol y de la Verdad: es éste un buen muchacho!—dijo el Faraón tendiendo hacia mí su cetro terminado por una flor de loto.—¿Qué recompensa quieres?

Impulsado por esa audacia que dan los sueños en los que nada parece imposible, pedí la mano de Hermontis.

El Faraón abrió los ojos de vidrio, sorprendido por mi demanda, que parecía broma.

—¿De qué país eres y cuál es tu edad?

—Soy francés y tengo veintisiete años, venerable Faraón.

—¡Veintisiete años y quiere casarse con la princesa Hermontis, que tiene treinta siglos!—exclamaron a un tiempo todos los tronos y todas las naciones.

Sólo Hermontis pareció considerar no del todo inconveniente mi pedido.

Si tuvieras por lo menos dos mil años—agregó el rey,—te concedería con mucho gusto la mano de la princesa; pero la desproporción es muy grande; nuestras hijas necesitan maridos que duren mucho y ustedes ya no saben conservarse. Los últimos que nos trajeron hace apenas quince siglos ya no son más que un puñadito de ceniza. Mira: mi carne es dura como basalto y mis huesos son barras de hierro. Llegaré al último día del mundo con el mismo cuerpo que tenía cuando vivía. Mi hija Hermontis durará más que una estatua de bronce... Tú mismo puedes sentir mi vigor—dijo, por último, dándome un apretón de manos a la inglesa, como para cortarme los dedos con mis anillos.

Tan fuerte me apretó que desperté entonces y vi a mi amigo Alfredo que me tiraba de la mano y me sacudía como para hacerme levantar.

—¡Al diablo contigo, dormilón! Habrá que llevarte al medio de la calle y hacer saltar una bomba a tu lado... Ya es más de mediodía. ¿No sabes que me has prometido venir a buscarme para ir a ver los cuadros españoles del señor Aguado?

—Es cierto, no me acordaba—repuse incorporándome,—iremos en seguida; tengo el permiso ahí, sobre la mesa.

Me dirigí efectivamente a tomar el papel... ¡Y en el mismo sitio en que había colocado el pie de momia comprado la víspera, vi la pequeña figulina de pasta verde puesta allí por la princesa Hermontis!...

Teófilo GAUTIER.



Doctor Pelagio B. Luna, vicepresidente de la República, fallecido en esta capital el día 25 de junio último. El doctor Luna, quebrantado por larga enfermedad, baja al sepulcro a la edad de 52 años, y de su actuación social y política deja en la mente de sus conciudadanos el recuerdo de la probidad, rectitud y delicadeza que caracterizaron su personalidad y le rodearon de justos prestigios y respetos.

FOOTBALL.—RIVER PLATE v. HURACÁN



Team del River Plate que en el partido disputado en su field de la dársena sud contra Huracán, lo venció por 2 a 1. Fué un match donde abundaron los golpes surtidos, aunque por fortuna no hubo ''mayores ulterioridades''...



El equipo del Parque Patricios, con su diminuta mascota.



El segundo goal del River Plate, señalado por Laiolo.



Alberti, interceptando un avance de los forwards locales.



Un excelente quite de Martínez.—Laiolo, despojado de la pelota, y Ameal... corriendo...



Tiro detenido por Pazos.



Las apariencias engañan.—Una ''barra'' que cualquiera diría la más pacífica del mundo, pero que para destruir esa afirmación basta sólo un fallo, medianamente desacertado del referee...



Cine



Madge Kennedy.





Franklin Farnum.



Bessie Barriscale.



Corinne Griffith.

LA SOCIEDAD ARGENTINA DE AUTORES

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

Primer acto.—Hace ya algunos años. El teatro nacional luchaba con la indiferencia del medio ambiente. Nuestros autores, se habían propuesto la tarea de imponerlo, poco a poco, aunque para ello fuesen necesarios grandes esfuerzos y presentarse frente a frente a un adversario temible: el teatro extranjero. Aquellos desvelos de la primera hora, dieron el resultado apetecido y bien pronto aparecen en la escena, los que habrían de honrarla, los que cimentando el prestigio del teatro nacional, iban labrando el propio renombre. Martín Coronado, Florencio Sánchez, Gregorio de Laferrere, Enrique García Velloso, Nicolás Granada, Nemesio Trejo, Antonio Reynoso, y tantos otros, con fe inquebrantable,



Un "cuarto intermedio". Hay "programas" para todos los gustos, y reunidos en sendos volúmenes de recortes, los juicios, aplausos, elogios, palos y alacranerías de la prensa diaria. Mientras el secretario señor Collazo comprueba el total de representaciones de una obra, el maestro Antonio De Bassi la goza en grande leyendo una tomadura de pelo, y el señor Cayol observa, el tesorero señor Novión recorre las páginas de un libro donde se relatan los pormenores de todos los estrenos, desde el más "ruidoso", hasta el menos accidentado.

con decidido tesón, toman a su cargo la delicada tarea de ser los primeros en afrontar el juicio de la crítica y del público. Se les aplaude y a veces se les estimula, y así, en medio del común propósito de llevar adelante la obra emprendida, nuestro teatro va formando su repertorio...

Se está en los comienzos; un comienzo brillante, inolvidable que en la historia del arte argentino ocupa una página de honor. La iniciación ha sido auspiciosa; y ello constituye el mejor estímulo. La fila de los precursores aumenta y los éxitos se suceden con halagadora frecuencia.

Ya no es un grupo reducido; ahora son más. El buen ejemplo no ha sido estéril y el teatro nacional, fuerte y prestigioso, necesita afianzarse definitivamente.

Quedan entonces incorporados a la historia teatral argentina los nombres de aquellos esforzados del momento inicial, y cuando cae la cortina poniendo término al primer acto de la obra, un aplauso unánime, entusiasta, premia la fecunda labor desarrollada por cuantos hasta entonces aparecieron en escena.

La impresión ha sido, por cierto, magnífica.

Los encargados de "transportar" al pentagrama las inspiraciones de los maestros Payá, De Bassi (Arturo y Antonio), Coll, Navarrete y tantos otros que constituyen la falange filarmónica de la sociedad. — Trabajan en "la mayor" "armonía" sin que ningún "contratiempo", ninguna "alteración", les haga perder el "compás", ni les complique la vida, aun cuando en ocasiones, tengan que habérselas con muchos "bemoles"...

Segundo acto.—Se inicia ante perspectivas muy halagüeñas y favorables. Intervienen nuevos personajes, pero los del primer acto continúan siempre desempeñando los más importantes roles. La lucha ha sido proficua, difícil a veces, muy ardua, pero afrontada en todo caso con el decidido propósito de seguir adelante, la mirada puesta en el porvenir. Pero los autores, que ya han conquistado indiscutible prestigio, necesitan algo: formar una entidad que al vincularlos moralmente, los defienda contra las asechanzas de los empresarios poco escrupulosos; que vele por el mejoramiento artístico de la producción y salvaguarde respetables intereses comunes. Y surge entonces la sosociedad argentina.



En la sala de música. Novión, Linnig y Collazo, reunidos ex profeso, para escuchar una partitura original del maestro De Bassi (Don Antonio), quien, según se dice, no las va con los "transportes" y los "contratiempos" ni en esgrima, aun cuando no le desagradan las "fugas"...

SOCIEDAD ARGENTINA DE AUTORES

BOLETIN MENSUAL

SEDE SOCIAL: C. PELLEGRINI 169 — UNION TELEF 1649, LIBERTAD

Año II (segunda época) — Buenos Aires, Mayo de 1919 — Núm. 12

EL BOLETIN

La Comisión Directiva hará públicas, por medio de este Boletín, las resoluciones que adoptare, así como todas las informaciones que estimare convenientes a los intereses del teatro en general.

COMISION DIRECTIVA

Presidente:	Enrique García Velloso
Vice-Pte.:	Roberto L. Cayol
Secretario:	Francisco E. Collazo
Tesorero:	Alberto Novión
Vocales:	Ezequiel Soria
»	Luis Bayón Herrera
»	Armando Discépolo
»	Julio F. Escobar
»	Antonio De Bassi
»	Carlos M. Pacheco
»	Alberto B. Vacarezza
»	Julio Sanchez Gardel
»	José Antonio Saldías
»	Ricardo Hicken
»	Samuel Linnig

Sesiones de la Comisión Directiva

la de que el aumento que solicitaban por trabajar en las secciones «vermouths» y «matinées» extraordinarias, fuera solo para aquéllos cuyos sueldos no pasaran de 350 pesos.

La delegación de actores prometió llevar ese ofrecimiento a la asamblea que realizaban en ese momento sus compañeros y contestarlo de inmediato. Agregaron, entónces, los señores empresarios que, voluntariamente, habían resuelto establecer el sueldo mínimo de 150 pesos, que no se solicitaba en el pliego de condiciones en discusión.

(Acto seguido, se retiraron las delegaciones, que componían los señores Delgado, Ducasse y Carcavallo, por los empresarios, y Gutiérrez, Zucchi y Bastardi, por los actores, pasando la C. D. a cuarto intermedio, hasta las 6 de la tarde del mismo día, en que fué reanudada la sesión, realizándose una nueva entrevista entre aquellas delegaciones.)

El señor Bastardi, en nombre de la Sociedad de Actores, manifestó a los empresarios el deseo de aguardar a que expirara el plazo que les fuera concedido para la aceptación del pliego propuesto.

El señor Delgado, en nombre de los empresarios, contestó que no había necesidad de esperar a las 12 de la noche, pues la Sociedad que representaba había resuelto mantener en un todo lo ofrecido en el pliego entregado a los actores la noche ante-

Mayo 6 de 1919.

Asistentes: *García Velloso, Cayol, Novión, B. Herrera, Escobar, Pacheco, De Bassi, Hicken, Vacarezza, Sanchez Gardel y Collazo.*

Ausentes sin aviso: *Martínez Cuitiño, Soria, Saldías y Discépolo.*

Presidió el señor García Velloso.

—El señor Presidente pronunció breves palabras en defensa de la C. D. contra los injustos ataques que se le venían haciendo en los círculos teatrales y en algunos diarios. — Dijo, que la junta directiva había deliberado siempre a puerta abierta, con barra compuesta por elementos afines a todas las agrupaciones en litigio y periodistas, por lo que no había derecho a suponer interesada, bajo ningún concepto, la actitud de sus componentes, desde que era pública su ecuanimidad y justicia.

Agregó, que habiendo tenido conocimiento de que un distinguido consocio había manifestado su rebelión a las decisiones de la C. D. y su adhesión a los actores en huelga, ofreciéndoles su repertorio para el caso en que nuestra Sociedad les negara el suyo, pidió al doctor Pedro E. Pico, que era el aludido, concurriera a la sesión, a fin de que deslindara posiciones, negándose dicho consocio a hacerlo, por lo que entregaba a la C. D., el estudio del asunto.

Cabecera del boletín que se publica mensualmente y merced al cual pueden los socios, los actores y los empresarios, conocer las resoluciones de interés general.



La biblioteca que, a pesar de su reciente fundación tiene ya indudable importancia. D. Carlos M. Pacheco, uno de nuestros más aplaudidos autores, apechugando con la lectura de un dramón horripilante. Le escuchan, resignadamente, Manuel Romero, crítico y autor teatral, Domigo Parra, también del gremio periodístico y Federico Mertens, colega, a su vez, de los tres primeros.

Préstanle su apoyo decidido los que, empeñados en la tarea inicial, no la han abandonado y los que a medida que transcurre el tiempo van aumentando la falange precursora. Aquella nueva aspiración preocupa a los fundadores de la institución, y los comienzos tienen las características que acompañan en sus primeros tiempos a las iniciativas de esta índole.

Finaliza el acto, cuando la Sociedad Argentina de Autores se incorpora a nuestra vida teatral.

Formúlanse para ella alentadores augurios. El tiempo dirá...

Tercer acto. — En plena prosperidad. Han transcurrido pocos años y lo que fué una esperanza, se ha convertido en sorprendente realidad.

La institución posee un repertorio vastísimo; la han presidido los más prestigiosos autores.

Se ha logrado constituir una fuerza moral y material que ha extendido su acción hasta el interior del país y hasta el extranjero, velando siempre por el respeto de la propiedad de sus asociados, cuyo total pasa de 300.

Las finanzas han llegado hasta un monto considerable: 50.000 pesos; y el hecho se celebra como justiciero homenaje a uno de los que han constuído la más vigorosa columna: el tesorero don Alberto Novión. Unánimemente y por labios muy



Un terceto directivo: las finanzas, la vicepresidencia y la secretaría de la sociedad, personificadas en tres autores de prestigio: Alberto Novión, Roberto L. Cayol y Francisco E. Collazo.



Grata comprobación.

—¡Hemos llegado ya a los $ 50.000! Esto marcha.

El tesorero, señor Novión, y el ayudante administrativo don Ricardo A. Collazo, convencidos de que los números no mienten.



El maestro de la sala de armas, D. José Vidal, dando una lección de florete al secretario, señor Collazo. Una estocada a fondo. (Primer tiempo).



Segundo tiempo: otra estocada, pero mucho más a fondo y de sable... El agente general, D. Angel Saracco, advierte cómo el señor Pacheco, influenciado por la escena anterior, "lleva" un ataque decisivo y sobre todo lo que establecen los "bordereaux"...

autorizados, se aplaude sin reservas su gestión y la del administrador señor Angel Saracco. Se recuerda también—en una fiesta de camaradería—a los luchadores de la primera hora, y asombra a propios y extraños, el camino recorrido en tan breve tiempo.

La modesta sociedad de los comienzos requiere ya un local propio, de acuerdo con su importancia. Se ha logrado formar una biblioteca, en cuya tarea ha tenido principalísima parte don Raúl Casariego; se ha instalado una sala de armas, exigua por la falta de comodidades; se han organizado los archivos de obras y de música, y se ha hablado de la personería jurídica... Y el progreso continúa, acentuándose siempre, ante un porvenir brillante, fácil de augurar en un presente todo prosperidad y prestigio.

Va a caer el telón, y el público complácido recuerda entonces nombres que ya le son familiares: Coronado, Sánchez, Laferrere, García Velloso, Granada, Trejo, Novión, Pacheco, Reynoso, Cayol, Payá, Vacarezza, De Bassi, Sánchez Gardell, Martínez Cuitiño...

Y cuando el acto finaliza surge para ellos el elogio amplio por el esfuerzo realizado en procura de una obra entusiastamente cimentada.

UN TRÁGICO DOCUMENTO DE LA BÁRBARA CONTIENDA



Esta impresionante fotografía fué hallada entre las ropas de un oficial alemán muerto por el subteniente norteamericano Carman. Representa una escena del ataque de los norteamericanos a Soissons el 18 de julio. Fué tomada a pocos pasos de distancia, probablemente desde un escondite. En primer término se ve un soldado norteamericano que acaba de ser herido y que con gesto de horrible desesperación se lleva la mano al cuello después de haberse arrancado la máscara contra gases.

CASAMIENTO MODERNO





El aviador australiano, C. Holman Jones, contrajo enlace últimamente con Miss Hilda Rayner, directora del aeródromo de Northolt, en Inglaterra. A la salida de la iglesia pasan bajo un dosel de cintas y hélices de aeroplano, que sustituyen a las espadas cruzadas que en ocasión semejante rinden honores. En la otra fotografía, un "cargamento" de compañeras de trabajo de la recién casada la aclaman con extraordinario regocijo.

NOTAS ROSARINAS





La misión italiana de aviación militar que se halla entre nosotros, continúa realizando los notables ejercicios de vuelo a que ya nos tiene acostumbrados su pericia e intrepidez. A una de dichas pruebas se refieren las presentes fotografías, de nuestro corresponsal en Rosario, señor Jorge Gaspary, y que representan, la de la izquierda, al oficial aviador, Mario Liverani y al mecánico Rómulo Piva, tripulando el biplano con que, de un solo vuelo, se trasladaron de Buenos Aires a Rosario, y la de la derecha, al aparato, momentos después de su llegada, en el sitio donde aterrizó.



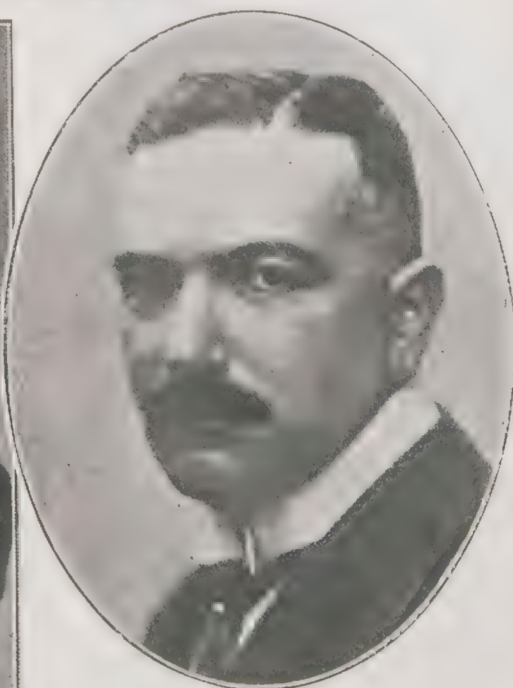
PERSONALIDADES ALEMANAS DE ACTUALIDAD



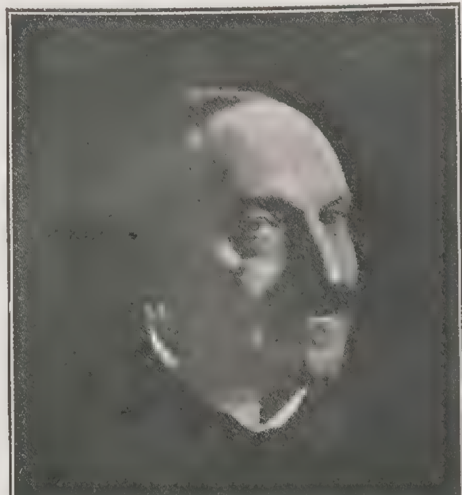
Conde Oberndorff, ex ministro en España y miembro de la delegación a la conferencia de la paz.



El presidente de la república, Federico Ebert, y su esposa.



Barón von Neurath, que desempeñó las importantes funciones de ministro en Copenhague.



Haase, jefe de los socialistas independientes, que posiblemente ocupará el cargo de primer ministro.



Groeber, católico del centro, ministro sin cartera.



El consejero privado doctor Cuno, que ha sucedido a Ballin como director de la Compañía Hamburgo-Americana.



La esposa y la hijita del aviador británico Enrique G. Hawker, que al finalizar su arriesgada travesía del Atlántico en un aeroplano "Spwith", cayó en el mar cerca de la costa de Irlanda.

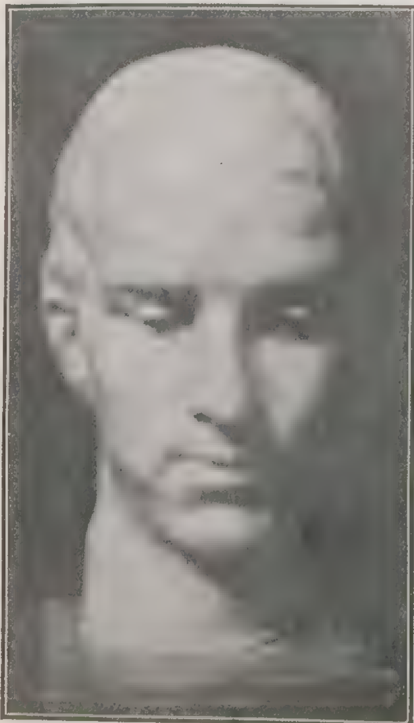


Conde Brockdorff Rantzau, miembro de relaciones exteriores y jefe de la delegación alemana en Versalles.



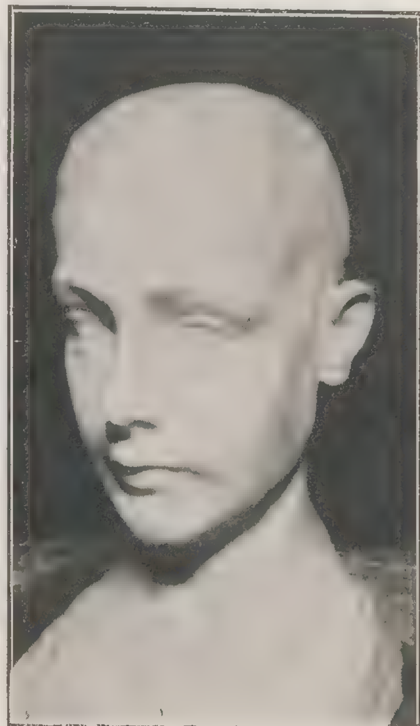




"Busto del pintor Ramón Silva", ejecutado por Nicolás Lamanna.

Dibujos y esculturas de los señores Augusto Marteau, Domingo Viau, Nicolás Lamanna, Raúl Mazza y Hugo Garbarini, artistas argentinos cuyas obras, en unión de las del malogrado pintor Ramón Silva, fallecido el 17 de junio último, se exhiben en la exposición recientemente inaugurada en el local de la Comisión Nacional de Bellas Artes, calle Arenales, 687.



"Cabeza de niño", por N. Lamanna.



"Viejo Montmartre (París)", por Ramón Silva.



"Cabeza al carbón", por Raúl Mazza.



"Apunte del natural", por Augusto Marteau.



"Portón viejo", aguafuerte, por Hugo Garbarini.



"En la feria franca", apunte, por Domingo Viau.

EL LENGUAJE DE LA LOCOMOTORA

Habían terminado las faenas del día y la empresa había empezado bien. Me sentía seguro de que satisfaríamos plenamente los deseos del viejo Bankard. La antigua finca solariega de Virginia y su arbolado parque iban a recobrar su aspecto primitivo. Sabía yo que Gordon, que iba a restaurar la casa mientras yo restauraba el solar, era de mi opinión.

Esa noche estábamos él y yo sentados en una banca en la esquina del parque que daba hacia las lomas, contemplando el crepúsculo de verano. Yo deseaba continuar hablando de lo realizado durante aquel día, pero Gordon se había puesto un tanto... distraído, iba yo a decir, pero alerta es la idea que quiero expresar.

Poco después sacó su reloj y dijo:

—Dentro de unos cuatro minutos vas a oirlo.

—¿A oir qué?

—¿Ves el tajo entre aquellas dos lomas a milla y media de nosotros?—dijo señalándomelo.—No lo pierdas de vista.

—¿Una voladura?

—No, no eso, precisamente. Espera.

Fumamos sin hablar palabra, y cuando mi curiosidad había declinado casi por completo y estaba yo para romper el silencio, sucedió lo que Gordon deseaba que yo oyese.

Pasó un tren ordinario de carga; la locomotora salió de la ladera de una de las lomas, atravesó el ancho tajo, dejó escapar de su silbato una humareda blanca y desapareció luego detrás de la otra loma con efecto teatral.

La humareda blanca fué seguida al instante de un silbido, y no falto a la verdad cuando digo que este silbido reprodujo con una semejanza asombrosa las notas de los dos últimos compases de "Annie Laurie".

—¿Cómo te explicas eso?—me preguntó Gordon, orgulloso de su extraño descubrimiento.

—¿Cómo lo notaste?

—Oh, lo he oído desde la primera noche que pasamos aquí. Se oye todos los días a estas horas, con la regularidad de un reloj.

—Algún maquinista de buen humor que se divierte—repuse yo.

—Pero la regularidad no es diversión; y él toca el silbato todos los días a esta hora, siempre del mismo modo.

Aventuré otra hipótesis:

—Alguna señal de clave, probablemente.

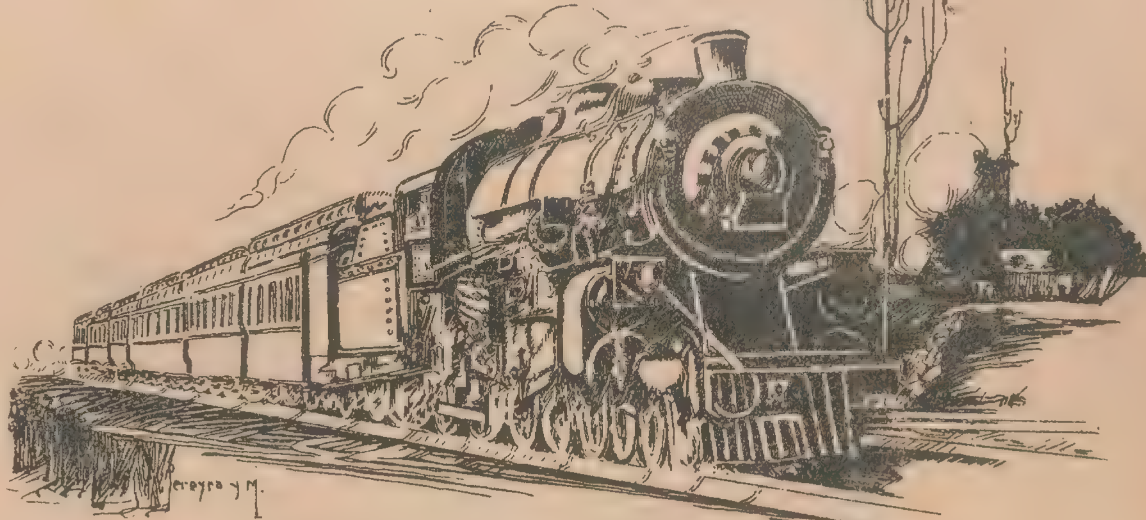
—Pero, ¡vaya una clave más rara! demasiado poética para un ferrocarril.

—Sí, es una clave... Naturalmente que es una clave—continuó diciendo Gordon.—Pero dudo que sea una clave de ferrocarril.

—Ya entiendo. Un amante y su enamorada, ¿eh? Tú supones que el maquinista tiene una alma romántica como la tuya, Gordon.—En esos momentos Jemima, nuestra cocinera, tocó la campana para llamarnos a cenar.—He allí una clave que podemos entender, —y nos fuimos a la mesa.

Para la noche siguiente todos habían oído hablar de la curiosa señal de la locomotora y se reunieron en la arboleda para oirla. En el momento preciso el tren de carga cruzó el tajo entre las lomas y dejó tras de sí una humareda blanca que fué seguida instantáneamente de los últimos compases de la canción.

Se expusieron tantas teorías para explicar el silbido como hombres lo oyeron; pero al fin todos aceptaron la explicación de Gordon y declararon que era una simple clave de ferrocarril cuyos largos y cortos se asemejaban a la tonada, ya sea por casualidad o por capricho del maquinista.



Sin embargo, el fenómeno fué lo suficientemente interesante para motivar una pequeña discusión junto al hogar del gran salón, después de que habíamos concluído nuestra cena. Pronto cambió el tópico de la conversación, sin embargo, y se empezó a hablar de los curiosos juegos de manos que aprenden los artesanos con sus herramientas — carpinteros que arrojan a lo alto herramientas afiladas y las cogen diestramente antes de que toquen el suelo y otras cosas así. Pero Gordon no estaba dispuesto a abandonar el tema de aquel silbido.

—No hay nada que impida a ese maquinista tocar el "Yankee Doodle" en su silbato, si así le place. ¿No has escuchado a menudo durante la noche los silbatos de las locomotoras? Cuando el maquinista está de mal humor, cuando su tren sale retardado y sabe que esa noche debe estar extraordinariamente alerta, el silbido es agudo e impaciente; pero cuando el maquinista regresa a su hogar después de su recorrido, el silbato parece suspirar su contento.

—Gordon—dijo alguien bostezando —tú eres una alma poética.

—Bien, pero yo creo en el maquinista—repuso él,—y la próxima vez que vaya al pueblo voy a averiguar quién es el que toca así el silbato y por qué lo hace.

Gordon fué al pueblo y se enteró del secreto del silbato. El silbido era una señal de clave, una señal precisamente como se lo había imaginado Gordon, que conocía bien a su estado natal.

Un individuo llamado George Roberts era el maquinista de ese tren, y su imitación de "Annie Laurie" era en realidad una señal para su novia. Este Roberts era un perdido, ebrio y pendenciero, en camino hacia la ruina y la cesantía cuando se enamoró de esta muchacha y se regeneró. Ahora, cada vez que pasaba por la casita en que ella vivía la saludaba de aquel modo con el silbato.

—Para informarla de que estaba salvo—dijo Gordon poniendo fin a su pequeña historia.

Naturalmente, nosotros le dijimos que él mismo la había inventado, pero al fin acabamos por creerle. Todos los días durante cuatro semanas oímos el mismo silbato, siempre del mismo modo, siempre en el mismo lugar y exactamente a la misma hora.

Este silbato producía un efecto tranquilizador y calmante sobre todos nosotros. Las riñas eran menos frecuentes y los obreros más considerados y serviciales. Juro que todos nosotros sentíamos la influencia de aquel maquinista. Apostaría que todos nosotros nos sentíamos inclinados a ser un poco más atentos con nuestras esposas al regresar a nuestros respectivos hogares. Ese pequeño rasgo de sentimiento honrado nos alegraba a todos, nos ponía de buen humor. Aun dimos en regular nuestra cena por el silbato de George Roberts en vez de por la campana de Jemima.

Luego, sucedió algo muy extraño. Cesó la señal.

La primera vez que dejamos de oírla, apenas si dimos crédito a nuestros oídos. Pero pasó el segundo día y el siguiente, y nada de señal. En el momento preciso, el tren cruzaba el tajo, pero la máquina no emitía humareda ni silbido alguno.

El suceso nos deprimió. Los cínicos por supuesto, pronto tuvieron algo que decir.

—Parece que tu amigo el maquinista no es mejor que el resto de nosotros,—dijo uno de ellos a Gordon, burlonamente.—No pudo dominar la tentación.

—Probablemente ha vuelto a las andadas—dijo otro.

—Tal vez sea sólo un disgustillo de enamorados—dije yo para alentar a Gordon.

—Voy a averiguarlo—declaró Gordon dando término a la discusión.

Y así lo hizo. Fué expresamente al pueblo a investigarlo, y volvió con una sonrisa.

—Se han casado—nos informó.—Se han ido a pasar la luna de miel y volverán dentro de una semana. Pasado ese tiempo volveremos a oír la señal.

Y así fué en efecto. Dentro de una semana volvimos a oír la señal, pero en otro lugar.

—¿Qué significa esto?—preguntó uno de los obreros a Gordon.—Parece que ya ha aprendido a respetar el brazo amenazador de su esposa. Ahora pita desde una distancia más respetuosa.

—Eso es fácil de explicar—repuso Gordon.—Le ha puesto una casita un poco más lejos, al lado de la línea; y, naturalmente, es allí donde silba ahora.

Durante tres semanas más oímos la fiel señal, en el nuevo lugar, un poco más débilmente, pero siempre puntual y siempre lo mismo.

Para entonces el trabajo estaba casi concluído. Dentro de dos o tres semanas habríamos de partir, y todos los obreros empezaron a manifestar cierto pesar. Alegaban que sentían abandonar un lugar de tanta belleza, pero yo, personalmente, creo que George Roberts y su silbato tenían algo que ver con la melancolía ambiente.

(Continúa después de la página infantil)

EN EL PASEO DE LA RECOLETA



—Dime, mamá, ¿yo nunca podré ser oficial observador?
—¿Por qué me preguntas eso?
—Porque tú siempre me prohibes hacer observaciones.

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

























(Continuación de "El lenguaje de la locomotora")

Cualquiera que fuere el lugar de nuestro nuevo destino y cualesquiera que fueren sus atractivos, íbamos a echar algo de menos.

Pero, volvió a acontecer algo extraño. De nuevo se suspendió la señal. Dejamos de oírla durante cuatro días.

—Pleito en la familia tenemos—dijo alguno en son de burla.

—La niña le ha arrojado un plato y le ha inutilizado el brazo con que toca el silbato.

—Es bueno que averigües lo que ha pasado, Gordon — recomendó un tercero.

—Sí lo haré—dijo Gordon.

Esa noche volvió Gordon del pueblo sin su sonrisa. Pero, cuando venía todavía subiendo afanosamente por la larga carretera, cabizbajo y con paso lento, oímos el silbato mientras esperábamos a Gordon sentados bajo el pórtico. No había equivocación posible. Y, sin embargo, sus notas parecían diferentes; tenían un nuevo tono, algo parecido al aire de Gordon. Y parecían venir de un punto aun más lejano.

Gordon se detuvo al oírlo, y continuó parado, con el sombrero en la mano, hasta que se extinguió por completo. Luego subió los escalones y se sentó. Todos nos acercamos a él.

—La esposa cayó enferma—dijo.— La dejaron en el pequeño camposanto cercano a la línea. Siempre había sido delicada; y supongo que es allí donde él silba ahora para... para informarla de que está salvo.

Burton KLINE.

POR LA AUSENCIA DEL ALUMNO

En una escuela dominical una buena mujer enseñaba el catecismo con una invariable rutina. Los chicos estaban sentados siempre en el mismo orden y la maestra comenzaba con la misma pregunta:

—¿Quién te creó?

Y el primer alumno respondía invariablemente:

—Dios.

En seguida, se dirigía al segundo alumno:

—¿Quién fué el primer hombre?

Y el segundo alumno contestaba:

—Adán.

Un domingo faltó el primer alumno; la maestra comenzó a preguntar:

—¿Quién te creó?

—Adán—repuso el segundo alumno.

—¡No!: Dios.

—No, señora; el chico a quien Dios creó, no ha venido hoy.

UNA PREGUNTA IMPERTINENTE

—Es curioso lo que me pasó: caí desde una ventana y durante la caída pensé en todo el mal que hice en mi vida.

—¿Cuántas horas estuvo cayéndose?

FRASE DE AMOR

Guillermito observaba con admiración a su encantadora primita, ocupada en remover la tierra en busca de lombrices para el anzuelo. Al cabo de un rato exclamó:

—Si fuera lombriz, quisiera estar donde estás cavando.

PUNTUALIDAD FERROVIARIA

Durante la huelga ferrocarrilera, cuando los trenes no manifestaban la menor intención de llegar a su destino, un pasajero que venía de Temperley a Buenos Aires preguntó al guarda:

—¿Cuando le parece que llegaremos?

—Vea en el horario.

—¿Horario?—repuso el otro malhumorado—lo que necesito no es un horario, sino un calendario.

SIN ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA

Era domingo. El sargento se acercó a uno de los soldados más cocoritas:

—¿Usted cree en los preceptos religiosos?

—¡En ninguno!

—¿Cómo? ¿Tampoco en aquel que dice que no se debe trabajar en día domingo?

—¡Tampoco!

—Bien; usted es precisamente el hombre que buscaba para barrer la cuadra.

¡TIRANDO EL ANZUELO

—Hay veces que deseo ser hombre, —dijo la esposa.

—¿Cuándo, querida? — preguntó él ingenuamente.

—Cuando paso delante de una casa de modas y pienso en lo feliz que haría a mi mujer regalándole un sombrero nuevo.

¿BENEVOLENCIA?

Una señora vió a un muchacho que desparramaba aserrín sobre la nieve para que los transeuntes no resbalasen.

—Haces bien, hijo mío—le dijo la dama—eso se llama benevolencia.

—¡No!;—protestó el muchacho—es aserrín.

LA UBICACIÓN DE LAS SEÑALES

Un negro grandote, curtido veteranamente, se presentó al juez, quejándose de que su mujer le había dado una paliza con una pala.

—Pero usted no tiene señales de golpes—observó el juez.

—Yo no; pero hay que ver cómo ha quedado la pala.

EL MISMO CASO

—Muy bien, ¿tiene usted alguna experiencia en ordeñar vacas?

—No precisamente en ordeñar; pero tengo bastante experiencia con las pluma-fuentes.

SOCORRO

La esposa.—Juan, hay un ladrón que se está robando la vajilla y otro que se está comiendo los pasteles que hice anoche.

El esposo (grita en la ventana.— ¡Policía! ¡Doctor!

Y NO ME HA HECHO NADA

Cuando a un casado le dijeron que un amigo suyo acababa de contraer matrimonio, exclamó:

—Me alegro de saberlo. Y después de reflexionar un momento, agregó:

—Y no sé por qué debo alegrarme; nunca me ha hecho daño.

NO ESTABA LISTA

—¿No estás lista, querida?—pregunta el esposo a su mujer que está en los altos.

—Sólo me falta arreglarme el cabello, contesta ella.

—¿Todavía no te has arreglado el cabello?—pregunta el marido, media hora después.

—¿Arreglado el cabello? Todavía no lo he encontrado.

POR LAS DUDAS

El abogado defensor (a su esposa). —Es preciso que guardes la plata y todo lo que haya de valor por ahí.

—¿Por qué?

—Porque va a venir a darme las gracias por mi brillante defensa el ladrón cuya honradez he demostrado en el juicio oral.

CAMBIOS DE FRENTE

Don Facundo era el hombre más popular y odioso, al mismo tiempo, de la población provinciana.

Eternamente enlutado, hosco y granujiento, recorría por las noches, hasta rendirse, todos los rincones de la ciudad, preguntando a cuanta persona le cruzaba el paso:—¿Nadie se muere? ¿No habrá muerto nadie esta noche?

Su mayor placer consistía en amontonar dinero.

Empresario de pompas fúnebres, ante la crisis económica que sufre el país, opinaba que era preciso remover constantemente el capital, para que produjese pequeñas utilidades: el importe, por lo menos, del interés bancario.

Una noche en que el cierzo helaba los huesos, Facundo recorrió, como de costumbre, la ciudad de punta a cabo, sin conseguir servicio alguno para el día siguiente. De los cuatro entierros a realizarse, dos estaban a cargo de la municipalidad, por corresponder los cadáveres a personas pobres, y los otros dos los había contratado ya don Modesto, dueño de "La Esperanza", empresa de pompas fúnebres también y eterna pesadilla de Facundo.

Desilusionado, falto de energías y con el corazón destilando sangre, se fué a su casa, penetró meditabundo en su alcoba, hizo luz, acercó una silla al lecho en que yacía su mujer y, sentándose, se entregó a una profunda meditación sobre los reveses del comercio a que consagraba su dinero y sus energías.

De pronto, la voz de su esposa interrumpió sus graves pensamientos.

—¿No te acuestas, Facundo?

—¡Oh! Déjame en paz—contestó displicente.

—Pero, hombre. Mira que puedes caer enfermo. La noche está horriblemente fría.

—No importa. Para mí, no debe rendirse al sueño el que vuelve a su casa lo mismo que salió de ella.

—¿No has hecho nada?

—Nada. Nadie se muere, nadie se enferma, nadie resuelve suicidarse... Y tú ves el capital que ahí tengo invertido. Yo necesito removerlo constantemente, para que pueda dejarme, por lo menos, el importe del interés bancario.

—No te aflijas por eso. Acuéstate. Mañana trabajarás. Yo, por mi parte, tengo tres nacimientos en perspectiva. Soy la partera más acreditada de la población y trabajo bastante. Así, que no te aflijas. Vamos, acuéstate.

Y abstraído, completamente ensimismado, Facundo comenzó a desnudarse, repitiendo maquinalmente: —Hay que remover el capital, hay que remover el capital...

Esa obsesión no le dejaba conciliar el sueño. La esposa, en cambio, a los pocos minutos dormía profundamente.

A la media hora, Facundo gritó dando fuertes palmadas en los hombros de su mujer:—¡Pancracia! ¡Pancracia!

Pancracia despertó sobresaltada, creyendo que su marido sufría un ataque de nervios. Se incorporó luego para atenderle, observando en su rostro una extraña alegría.

—¿Qué? ¿Ya estás por levantarte? —preguntó Facundo con una calma palúdica.—Acuéstate, mujer, que hace mucho frío.

—¡Jesús!, hombre. Yo pensé que te hubieras enfermado. Con esos modos de llamar...

—¿Qué quieres?, che. Estoy enfermo de contento. Estoy contentísimo.

—Contentísimo, ¿por qué? — dijo Pancracia, frotándose los ojos que se le cerraban contra su voluntad, por el sueño invencible que tenía.

PERSUASION



—¡Te voy a enseñar a decir a los vecinos que no eres feliz en tu hogar!

—Porque acabo de resolver ese problema que me preocupaba tan vivamente. Oye: ¿a cuántos nacimientos asistes vos por cada sepelio que yo atiendo?

—A... a... tres o cuatro, más o menos.

—¿Sabes que es negocio?

—¿Cuál?

—Ese. El de partera. Es una profesión que no ofrece mayores preocupaciones, no requiere capital que habría que remover a cada momento para que dejase pequeñas utilidades y, sobre todo... Nada, que me decido. ¿Sabes lo que estoy pensando, Pancracia.

—¿Qué?

—Que me decido a abrazar tu profesión.

—Pero no seas zonzo. ¿Para eso me despertaste? Y dando media vuelta, Pancracia se quedó otra vez profundamente dormida.

Facundo tuvo intenciones de abandonar el lecho. Estaba gravemente preocupado. ¡Cambiar de profesión a los 40!... Y, rendido, después de mucho devanarse los sesos, se durmió murmurando: "En ese negocio, no se necesita remover el capital. Yo me decido. ¡Oh! sí, sí. Me resuelvo... yo me resuelvo..."

A la mañana siguiente, le faltó el tiempo para consultar el punto a su esposa.

Pancracia, contrariada por la actitud de Facundo, intentó disuadirle de su propósito.

—No cometas ese disparate—le dijo.—La obstetricia es una profesión femenina. Para los casos complicados, existen ya médicos especialistas. Además, ¿qué marido se va a fijar en ti para que atiendas a su esposa en ningún parto? ¿Cómo crees?...

—¿Y si yo me acredito?—interrumpió Facundo.

—Aunque te acredites, hombre.

—¿Temes, acaso, que yo pueda ser mañana tu rival?

—Déjate de zonceras. Tus amigos se reirán de ti y servirás de mofa a todo el mundo.

—Bueno, bueno. A vos no te gusta que yo me dedique a la obstetricia, porque crees que te voy a quitar la clientela. Nada más que por eso.

Y visiblemnte enojado, Facundo salió de casa, recorrió la ciudad, preguntó por todas partes si había persona alguna a punto de morir, recibiendo siempre idéntica respuesta: "Las que yo conozco, gozan, por ahora, de buena salud."

Facundo no pudo resignarse a continuar, en esas condiciones, con la empresa de pompas fúnebres. ¡Nadie se moría! ¡Nadie se suicidaba siquiera! ¡Los pocos entierros que se efectuaban, se los repartían la municipalidad y don Modesto!

Afligido, cabizbajo, temeroso de perder el dinero invertido en la empresa, se dirigió a su establecimiento y cerró las puertas, colocando en ellas un cartel excesivamente grande, con la siguiente inscripción: "Cerrado por cesación de negocio. — Se liquidan las existencias."

Facundo volvió a su casa y dijo a su mujer: me resolví por fin. Ya cerré, para siempre, ese maldito negocio. A ver, Pancracia; dame en seguida tus libros, para estudiar esa profesión.

Pancracia recibió, con una sonora carcajada, la salida de Facundo.

—¿Qué? ¿Te ríes?—preguntó ofendido el esposo.

—No, no. Es que...—contestó aquélla, luchando por dominar su risa estrepitosa.

—Bueno. Basta de bromas; ¿me entiendes? — agregó Facundo. — Trae pronto tus libros. Dime: ¿cuál es el método más corto? Yo quiero rendir examen cuanto antes. No hay tiempo que perder.

Desde aquel día, Pancracia fué más que esposa, maestra de Facundo.

Al poco tiempo, en el frente del edificio que habitaban, junto a una mugrienta placa profesional que decía: "Pancracia Mas de Menos — Partera", Facundo colocó otra flamante de bronce — que ordenó limpiar todos los días, — con la leyenda siguiente: "Facundo Menos. — Obstetriz Diplomado."

A los tres meses de ejercer su nueva profesión, Facundo aun no había podido acreditarse como partero, no obstante la reducida población de la ciudad en que vivía.

Una noche, platicaba con su esposa sobre los alumbramientos que ponen en figurillas a parteros y parteras.

—¡Oh! La naturaleza es caprichosa, caprichosísima. — decía Facundo a su mujer.

De pronto, sonó el timbre de la puerta de calle. Pancracia salió a ver quién llamaba, regresando en el acto.

—¿Qué quería ese impertinente?—preguntó Facundo.

—Era la mucama de doña Anastasia, que viene a llamarme porque la señora se encuentra mal. Quiere que la atienda. Anastasia me había hablado ya en la semana pasada.

—¿Qué te habló en la semana pasada? ¿No habrás entendido mal? Yo creo que la sirvienta vino a buscarme a mí.

—No, hombre, no. Era por mí por quien preguntaba.

—Yo la entendí que si estaba en casa don Facundo Menos.

—Te digo que preguntaba por la señora Pancracia Mas de Menos.

—Sí. Siempre ocurre lo mismo. Vienen a solicitar mis servicios profesionales y vos te vas a meter donde no te llaman.

—Pero, hombre. Si te digo...

—Basta. A doña Anastasia la atiendo yo. Han venido a preguntar por mí.

—Pero, Facundo...

—Te digo que la atiendo yo. Ahora, hasta en casa vas a querer mandar tú. Pues era lo único que faltaba.

Y sin agregar otra palabra, Facundo se caló el sombrero y salió a la calle.

Dos horas después, regresaba de nuevo. Pancracia se acercó a él y le preguntó mimándole:—¿Qué tal la enferma? ¿Está fuera de cuidado?

—¿Otra vez con bromas?—contestó Facundo con un humor irresistible.

—Si no son bromas, hombre—repuso Pancracia.—Te pregunto por la salud de la parturienta que acabas de atender.

Facundo, hojeando nerviosamente su "carnet" de profesional, dijo a su esposa:

—Tengo una suerte más adversa... Si debiste de ir tú. ¡Qué parto más atravesado! La criatura nació muerta, y, la madre, quedó en vías de morirse. Yo te aseguro que no pasa de esta noche. Y con éste—agregó dando vueltas a su "carnet"—son veinticinco los partos a que yo he asistido ya con resultados fatales. Si es como para... Ahora le estoy mandando clientes, todos los días, a ese empresarios de pompas fúnebres que...

No te preocupes, Facundo — le dijo Pancracia. — Mira que te vas a enfermar.

—¡Maldita profesión!—masculló Facundo.—Si yo hubiera sabido esto...

A la vuelta de otros tres meses, nadie solicitaba ya, en la ciudad provinciana, ni los servicios profesionales de Facundo ni los de su esposa.

Facundo se dedicó entonces a buscar clientes, preguntando a cuanta persona encontraba a su paso:

— ¿Quién nace? ¿Ninguna mujer está por dar a luz?

Y, donde ofrecía sus servicios, se le contestaba siempre que eran innecesarios, que había llegado tarde.

Ante tal situación, Facundo ha resuelto abrir, nuevamente, su empresa de pompas fúnebres. Y ahora, hace otra vez vida de noctámbulo, preguntando por doquier:

— ¿Quién se ha muerto? ¿Nadie morirá esta noche?

Eduardo ALONSO CRESPO.

Los colores del mar

Hace algunos años el mar se puso casi negro a lo largo de una gran porción de la costa de California. Toda la bahía de Santa Cruz tomó aquel extraño matiz de tinta que al cabo de algún tiempo desapareció de improviso. En este caso el ennegrecimiento fué producido por millones de millones de microscópicos animálculos.

El tinte rojizo que toma a veces el Mar Rojo y al cual debe su nombre tiene una causa semejante. El agua se cubre de unas algas microscópicas que en conjunto dan a la superficie el sanguíneo matiz.

Antiguamente se suponía que el Mar Amarillo de China llamado así por la amarillez de sus aguas, toma este color por efecto del cieno que arrastra el río que desemboca en él, pero la ciencia moderna ha demostrado que todo se debe a los diminutos organismos que lo pueblan.

Por una causa aun no explicada, las aguas del océano se ponen blancas como la leche en grandes extensiones. En marzo de 1904, los pasajeros de un buque japonés que iba de Hong-Kong a Yokohama vieron con sorpresa una noche que navegaba por un mar de nieve. La superficie de las aguas no era opaca y fosforescente; tenía el mismo aspecto que una región nevada y su blancura deslumbraba. El fenómeno duró seis horas causando gran alarma a los pasajeros, los cuales no pudieron dormir en toda la noche.

Recuerdos de un conferenciante

El auditorio de mis conferencias no se ha limitado en modo alguno a seres humanos. Ratones, ratas, gatos, perros y una vaca han formado a veces parte de la audiencia.

Los ratones y ratas, de acuerdo con su tipo, demostraban alguna timidez: nunca pude averiguar si en razón de mis observaciones o debido a la vista de tanta concurrencia. A todo evento, escapaban de ordinario a ponerse bajo cubierto tan pronto como empezaba yo a hablar; pero he preferido no tomar su apresuramiento como alusión personal. No puede esperarse de "Ratas y ratones y análoga caza menor", como dice Shakespeare, que pospongan el almuerzo de un queso en obsequio al ingenio y la sabiduría en lengua que no es la suya. Nadie sería capaz de hacerlo. Y debo añadir que nunca asisten a conferencias salvo en viejos edificios donde tienen, sin duda alguna, el derecho de previa ocupación.

Los gatos son siempre criaturas extrañas y sutiles que revelan su naturaleza en las conferencias. Andan voltejeando por allí como si fueran empleados de policía por el gobierno para descubrir y denunciar cualquiera frase incendiaria en vuestros discursos. No provocan alboroto alguno y son mucho menos revoltosos que los perros en cuanto se refiere a distraer la atención; pero siempre le pone a uno nervioso observar un gato escurriéndose debajo de los asientos.

En cierto modo, los perros hacen mejores oyentes que los seres humanos, ¡si es que los perros no son en muchos casos más humanos que los humanos! Había una vez un perro, exactamente al frente y en la primera fila, que demostraba interés y aprobación tan intensos que se hacía difícil no olvidar al resto de la audiencia y hablar sólo para él. Era elemento admirable para conferencias; no le gustaba solamente aquello que comprendía, sino que se lo tragaba todo, y pedía más. En primer lugar, aparecía más sabio que Salomón en toda su gloria: ningún hombre puede ser tan sabio como aparentan serlo ciertos perros. De su grave aspecto irradiaba dulce, venerable sagacidad. Estaba allí sentado a plena luz, con la nariz apuntando a la tribuna, y dirigiendo el aplauso tan marcadamente como un director de orquesta conduce su banda: su cola hacía de batuta, y estaba vivamente alerta para manejarla.

Si fuera posible que un perro se quedara quieto en condiciones análogas, sería inapreciable para los conferenciantes que procurarían llevar su can con fines anunciadores, del mismo modo que Billy Sunday lleva su maestro de coro; pero los perros no se quedan quietos, eso es lo malo del asunto. En su ferviente entusiasmo saltarán probablemente a la tribuna en medio de la ceremonia para atestiguar su completa satisfacción. Esto me ha ocurrido varias veces. En cierta ocasión un simpático y enorme perro de pastor se posesionó de la plataforma cuando había yo logrado acaparar la atención de la concurrencia y, deteniéndose junto a mí, comenzó a mover la cola mirado a los espectadores —que a la verdad merecían admirablemente el calificativo en aquel momento — y riéndoseles distintamente en las barbas.

En tales circunstancias resulta un verdadero problema la actitud que se haya de tomar. La audiencia es un instrumento delicado en crisis de esta clase, y podéis arruinaros o volver la ocasión en provecho vuestro, según la manera de explotarla. Recuerdo que aquella vez me incliné y acariciando la cabeza del hermoso animal, observé: "Estoy muy satisfecho de que mi explicación haya sido tan clara que este buen amigo la comprendiera; si él la entendió hay probabilidades de que haya sucedido igual con vosotros".

El lector atento habrá notado que al referirme a la posible asistencia bovina no dije vacas, sino "una" vaca. Porque mi experiencia con tales cuadrúpedos fué única. Tuvo lugar en una de las conferencias de Chautauqua al aire libre en el verano. Hay rasgos deliciosos en la labor estival de esta naturaleza. Se goza de aire fresco y saludable en lugar de la fétida atmósfera de una sala; y se habla a compás del suave acompañamiento del gentil céfiro. Pero—en confianza—se corre también el peligro de las vacas.

Para mí se presentó cierto día en que discurría sobre los poetas de los lagos ingleses en una especie de tienda abierta por los costados. Vino hasta el cerco que nos separaba de una dehesa contigua, se reclinó a rumiar meditativamente sobre la barra superior, y entregó toda su mente de vaca a la actuación. La conferencia iba muy bien, el público parecía interesado, todo marchaba sobre rieles. Yo no había advertido mi galería bovina, salvo quizá vagamente como una nota en el paisaje. Pero de pronto dejóse oir otra clase de nota: un sordo, lastimoso, prolongado: "M-uu-u", brotando así exactamente. No era como para interrumpir los procedimientos; nada había de rudo o agresivo en la enunciación. Pero, ¡grandes dioses, cuán profundamente melancólico! Al primer "mu", la audiencia comenzó a buscar la vaca con los ojos y la atención se desvaneció; al segundo (porque tengo el sentimiento de manifestar que el animal era vanidoso y observando que podía ejercer influencia sobre la muchedumbre, insistió como lo habría hecho cualquier político), una o dos mujeres comenzaron a reir disimuladamente. Al cabo de cinco minutos, y después de repetidos "mus" in crescendo, reían a las claras, y de continuar la ceremonia era evidente que pronto la tienda atestada de gente se vendría abajo a impulsos del regocijo. El infernal cuadrúpedo, no sólo continuó sus mugidos, sino que exhibió una habilidad diabólica para elegir el momento de entonarlos, puntuando la lectura de mi selección de poesías líricas con aquel obligado "mu" de granja. Reconozco generosamente que no existe son más melodioso asociado a los anales de la historia natural. Lo reprochable era el momento, no la cualidad del canto. Vi que era necesario agarrar el toro por las astas, o en este caso, la vaca por la cola. Entre dos "mus" tuve tiempo de decir:

"Señoras y caballeros: hay tres cosas entre las cuales tenemos que escoger:

Primera: Suspender la conferencia dando a esta vaca ocasión de expresarse.

"Segunda: Matar la vaca y poner la responsabilidad sobre mis hombros.

"Tercera: Bondadosa pero firmemente llevar a la vaca ante cualquier otro conferenciante de efectos tan soporíferos que no despierte en el animal reacción vocal alguna. Existe esta clase de oradores; deploro sinceramente no pertenecer a ella."

Entonces un amable joven, levantándose al fondo de la tienda, agarró a la vaca y en fuerza del atractivo del heno y de su magnetismo personal, consiguió, pasados cosa de quince minutos, arrancarla de su ventajosa posición, de manera que pude hacer una tentativa desesperada para recobrar mi dominio sobre toda aquella gente. Para demostrar cuán arduo era, añadiré que después de haberlo logrado bastante bien, una mujer que adolecía probablemente de reminiscencias pictóricas estalló de repente en un grito de reminiscente alegría que precipitó a toda la asamblea en su primitivo estado de risa convulsiva.

Richard BURTON.

"EL ÚLTIMO CANTO"

(Fragmentos de un cuento gaucho)

. . . .

—Bueno, ya que la "patroncita" lo quiere. . .

Y, tomando la guitarra, que uno de los peones le ofrecía, luego de templarla, y de un preludio lánguido, en el que se trasluciera todo el pesar, toda la intensa amargura que minaba lentamente su existencia: echando la cabeza hacia atrás, en clásica postura criolla, y los ojos hacia arriba, cual si sufriera un éxtasis doloroso, o quisiese buscar en el amplio azul del infinito impregnaciones de ensueño y de misterio para adornar con ellas su lírica fantasía: con voz doliente, con voz sollozante, cual un suspiro, cual una lágrima... comenzó el mozo:

"Guitarra, dulce guitarra,
que, en mis horas de ventura,
presenciaste la dulzura
de mi juventud bizarra;
hoy, que mi alma se desgarra
presa de mortal quebranto:
Hoy, que nubla amargo llanto
el cielo de mi destino,
dame tu acento divino
para alzar mi postrer canto.

De más está decir que, al finar la primera estrofa, el cantor fué interrumpido por las exclamaciones de franca aprobación de los circunstantes; pero, él, sin parar mientes en ellas, después de un corto y melancólico rasgueo, prosiguió, así, volcando su dolor:

"Dame, oh hija del dolor,
tú que fuiste compañera
en mi alocada carrera
de poeta soñador,
dame tu eco vibrador,
en nota tierna y sentida,
para cantar de mi vida
el indecible abandono,
y mitigar el encono
con que despierta mi herida...

La herida cruel que causaran
los amargos desengaños,
que amontonaron los años
y mi dicha se llevaran;
los que traidores fraguaran
la frustración de mi sueño,
aquel que, un día risueño,
vi esplender en lontananza,
como una tierna esperanza
de mi juvenil empeño.

¡Oh, dulce guitarra amada,
dame otra vez tu canción,
aunque no tengas el són
de una vida ya esfumada!
Y hoy que ya no aspiro a nada,
pues me es todo indiferente,
dame tu nota doliente,
de tu cordaje el encanto,
para decir en mi canto
la pena que mi alma siente.

Pero, a qué ahondar la implacable
vehemencia con que el destino
fustigóme en el camino
de mi vida miserable...
Y pues que tu voz amable
prestas hoy a mi clamor,
que sea un canto de amor,
el que en tus cuerdas benditas
vibre, y endulce las cuitas,
aliviando mi dolor...

Y así pueda en la postrer
hora triste en que agonizo,
de tu voz ante el hechizo
recordar lo que fuí ayer...
Y en el negro atardecer
de mi vida de amargura,
en que el recuerdo ¡ay! perdura
de la cobarde traición...
Logre mi alma en tu canción
olvidar su desventura.

Por eso, guitarra amada,
otra vez en mi camino
a buscar vuelvo tu trino
para endulzar mi jornada;
y hoy que más cruel, despiadada,
me fustiga en mi orfandad
la añoranza de otra edad,
que en la niebla se diluye
como un fantasma que huye
de su propia soledad.

Turbo tu calma sagrada;
y aunque cual árbol partido
por la tormenta, y caído
en la noche desolada,
templo tu cuerda callada;
y ahogando el amargo llanto
con que me acosa el quebranto
de mi triste vida errante,
altivo, audaz y vibrante,
entono mi último canto...

Y terminó su copla, entre el palmoteo alegre de los oyentes que, extraños al drama moral que él denunciaba, no acertaran más que a cumplimentar al trovero, por su hermosa y melancólica canción...

. . . .

Entretanto, la Pampa, envolvíase en la penumbra de la noche en avance, como si se enlutase por el dolor de esa vida noble y buena, falazmente truncada por el fingido amor de una mujer...

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

LA POLIGAMIA HACE TREINTA SIGLOS



—Venerable señor: vuestras veinticuatro esposas se están peleando: todas quieren leer el folletín en cuanto llega el diario.

Los anillos

Entre las muchas costumbres inútiles que en vez de irse extinguiendo poco a poco se popularizan cada vez más, la de llevar anillos es una de las más antiguas y universales. Es contemporánea de la época en que la humanidad aprendió a trabajar los metales. En todo el Oriente, en Caldea, en Egipto, en Asiria y en Persia se la encuentra desde tiempos tan remotos que ya son inmemoriales. En Grecia parece haberse difundido sólo después de la edad heroica, pues Homero que describe numerosos adornos y alhajas, no habla de los anillos. En la mayor parte de los pueblos antiguos los anillos tenían engarces que llevaban grabados emblemas, figuras, letras o signos de manera que servían también como sellos. Antes del invento de las cerraduras se empleaba esos sellos, siempre disponibles para dejar bajo sello, estampando su signo en pedazos de cera, las provisiones del hogar y todos los objetos que se quería guardar a cubierto de las depredaciones de los esclavos. Anillos semejantes, con un monograma que sirve para sellar, son los que ahora están de moda entre los hombres.

Al principio, el derecho de llevar anillo fué en Roma un privilegio aristocrático. El de los caballeros era de hierro. Augusto, con el propósito de conciliarse a los soldados, les acordó el derecho de llevar anillo. Tiberio, más liberal aun de un favor que nada le costaba, lo extendió a todo ciudadano cuyo padre gozara de una renta de 400 sestercios. Por último, Justiniano permitió a todos los ciudadanos el derecho de llevar anillos. En los últimos tiempos de la República romana se los comenzó a fabricar con metales preciosos. Por lo común, se llevaba uno solo en el dedo que por tradición llamamos anular, debido a un prejuicio de los anatomistas antiguos que creían que ese dedo estaba en correspondencia directa con el corazón mediante un nervio. Por esta razón las "alianzas" o anillos de compromiso son colocados en ese dedo. Esta costumbre, que ignoraban los hebreos, es, según Max Muller, de origen romano o teutón; primitivamente representaba la cadena por la cual la mujer queda ligada a su marido. En Inglaterra es común que sólo la mujer lleve el anillo de compromiso que simboliza la pérdida de su libertad. En cuanto a los anillos que no tienen este significado, se llevan con un propósito de adorno; llevar varios y muy llamativos es una ostentación de mal gusto en la que caen comúnmente los advenedizos.

Dr. V. SCARLATTO.

Los precursores de los anestésicos modernos

Las danzas encantadas y del vudú de los hombres primitivos, fueron las precursoras de las tentativas que se han hecho después para quitar los dolores por medio del mesmerismo, del hipnotismo y de la sugestión.

La leyenda mitológica de una manzana letal cuyo aroma calmaba el dolor, y la inhalación del humo del cáñamo indio, en la que los escitas buscaban el alivio de sus padecimientos físicos, fueron las primeras sugestiones de la inhalación de vapores y gases.

El "vino de los condenados", los "jarabes soporíferos" y el "zumo frío de mandrágora", de los antiguos tiempos, fueron los progenitores de los narcóticos que usa la medicina moderna para aliviar el dolor. Las cataplasmas de beleño y de adormideras y las mixturas de opio, celidonia, azafrán y grasa de lagarto, de tiempos más posteriores, pueden figurar entre los primeros anestésicos locales. La compresión de la "arteria del dolor", practicada por los antiguos asirios, y la compresión de los principales nervios, usada por los médicos de la Edad Media, no fueron sino una anticipación profética de la anestesia de la médula espinal que hoy se practica.

Es imposible decir con precisión en qué período de la historia del mundo se hicieron las primeras tentativas para producir una cosa semejante al profundo sueño que se apoderó de Adán en el Paraíso. Los antiguos egipcios, los asirios, los chinos, los indios, y otros pueblos, conocieron las propiedades narcóticas y anodinas de varias plantas, y tanto en la Biblia como en el Talmud, se hace referencia a la práctica de producir el sueño y aliviar el dolor por medios artificiales.

PÁGINAS OLVIDADAS

EL ÚLTIMO VELORIO

LA ESCOCESA

—Ríete: puedes reirte cuanto quieras,—exclamó Ernesto con una gravedad inusitada en su semblante siempre jovial y placentero.—Tú crees que mi respeto por los muertos es simplemente el miedo de los pusilánimes; enhorabuena, puedes suponer lo que te acomode. Pero te aseguro que no por eso te he de acompañar al velorio. Hace seis años bien contados, que me despedí de esa clase de reuniones. Y por un voto solemne!

—Embustero! Alguna nueva calaverada que preparas esta noche, y quieres despistarme. Tú, para juramentos solemnes!

—Bah! Te lo juro. Es una historia con su mucho de interés, y si yo hubiese tenido la imaginación de Hoffmann o la Radcliffe.

—Pero, hijo, estoy en tu casa—agregó incorporándose en el diván con un cómico gesto de dignidad ofendida—y veo que te has plantado el sobretodo y el sombrero como si quisieras despedirme. Mira, apenas son las siete y media, tendrás tiempo suficiente de ver caras compungidas y oler desinfectantes caseros; siéntate y escúchame, que si no te pones serio con mi narración, por lo menos te has de reir de buena gana a mis costillas.

—Bueno,—respondió su amigo, quitándose el sombrero y sentándose nuevamente;—pero no inventes ¿eh?

—Ya lo verás que no. Por lo demás, tú conoces a los personajes del drama o la comedia, como quieras llamarle, y aunque hablaré de difuntos, como no atestiguaré con difuntos, nada te será más fácil que cerciorarte.

Y diciendo así, adoptó Ernesto una postura más holgada en el diván, tosió levemente y empezó, después de lanzar una densa bocanada de humo de su aromoso cigarro.

I

—Tú sabes que en nuestro pueblo eran escasas las fiestas, y que teníamos que procurárnoslas para que no nos tomara el moho como el orín al hierro. Retreta en la plaza los domingos, después de una semana entera empleada por los más calaveras en una visita diurna y otra nocturna al Club o al Café. ¡Sociabilidad! Excuso decirte, porque tú lo sabes demasiado, que no conocíamos ni la palabra ni la cosa; y salvo alguna tertulia con un poco de baile y un chocolate aguado, muy de tarde en tarde, las noches de invierno eran más largas que las de un condenado; en el hogar monótonas, silenciosas, interminables; y en las calles, heladas y lúgubres con todos los peligros de un despeñadero, por aquella economía municipal que nos forzaba a andar en semi-tinieblas.—Costaba más entrar donde hubiese muchachas casaderas en calidad de simple amigo, que al Paraíso. Cuántas veces me he reído después, de aquella idea tan rudimentaria de las relaciones sociales entre los dos sexos! No se concebía que tú te acercaras a menganita o zutanita, sin que llevaras estereotipada en los labios una declaración amorosa, con más un juramento y la promesa del altar.

Vivíamos resignados a la costumbre los que teníamos unas ídem honestas, y no queríamos echarnos encima el perro muerto de la malquerencia pública, por haber engañado durante un invierno a una crédula doncella, dejándola a los albores rosáceos de la primavera con tantas cuartas de narices!

Recuerdo que era el año setenta y ocho, que traía en el otoño una cruda perspectiva de lluvias y barrizales permanentes, cuando creí haber encontrado un medio de acortar las noches, después de cavilar mucho tiempo en este pavoroso problema. En una población de ocho mil almas, en donde todos nos conocíamos más o menos íntimamente, morían por término medio dos personas por semana, cuyos velorios eran motivo de pequeñas reuniones donde sin otro testigo interesado que el difunto, se chacoteaba hasta la madrugada, al lado del fuego, se jugaba a las prendas o al gran bonete, o se preparaban incidentes cómicos para contrarrestar la gravedad de las circunstancias.

Tenía el velorio una ventaja sobre la tertulia: no necesitabas tú invitación ni tarjeta, te presentabas afectando cara dolorida, ocupabas un sitio en la pieza mortuoria, te sometías a los primeros dos o tres rosarios con sus correspondientes "Padre nuestro", "Ave María" y "Gloria secula", esperando la hora en que se rompiese el hielo de la tristeza y fuesen desfilando los asistentes hasta el comedor donde se instalaba la rueda infaliblemente. Nadie te preguntaba cuáles eran tus relaciones en la casa, y podías no tener ninguna, que siempre se te llevaba en cuenta el "sacrificio" de velar el cadáver.

Este proyecto mío dió los mejores resultados. Pasé cuatro meses como los cuervos: olfateando la c o m i d a. Me hice necesario sin hacerme sospechar. Y en esta tarea, llegué a apercibirme de que no era único en el sistema. Había dos o tres muchachos de espíritu alegre, que procuraban hallarse en cuantos les era posible, y que de un modo u otro, trataban de pasarme palabra cuando un prójimo conocido abandonaba este valle de penas. Ya ves que no era yo el solo que había resuelto el problema del aburrimiento, de aquella extraña manera.

Cuando vayas por allá, no tienes más que pedir informes: te dirán, de seguro, que no había otro como yo para amenizar los velorios. Conocí los juegos todos, aparentes para combatir los ataques del sueño y me esforzaba de alguna manera para que pasásemos una alegre velada.

No me olvidaré de una noche en que todos mis intentos se habían estrellado en los rostros adustos y lacrimosos de media docena de hipócritas plañideros. Concebí una o r i g i n a l idea. Hundí la nariz en un pocillo de chocolate resistente al empuje del bizcochuelo, y con toda gravedad fuí después a ocupar un asiento en la parte más visible de la sala mortuoria. A poco era yo el único que quedaba. Los demás habían huído sofocados por la risa.

Y debo decirte que no he sido nunca ni escéptico ni despreocupado. Siento respeto instintivo, casi pueril, por los cadáveres. La muerte me impone y me sobrecoge como el más terrible de los enigmas humanos. Pero... pon tú un muchacho alegre de veinte años, sumergido en aquella catacumba, que no era otra cosa nuestro pueblo, y dí si no acabará por perder toda reserva para pasar un buen rato.

II

Cierta tarde, estábamos en agosto, se corrió en todos los círculos del pueblo que había fallecido una mujer a quien el vecindario miraba con una aversión rayana en el horror. Era la esposa de aquel escocés protestante, míster Ludwig, que diez años antes había sido causa inconsciente de un ruidoso conflicto entre las autoridades civiles y el párroco. Muerto repentinamente, fué llevado al templo por sus amigos, y éste le cerró sus puertas, negándole la iglesia las preces que sólo corresponden a los fieles. Tampoco su cuerpo pudo dormir en el cementerio del pueblo santificado por la religión católica. Y así, aquel cadáver, tras de una peregrinación novelesca, rechazado de todas partes, tuvo que ser conducido a Montevideo, después de grandes agitaciones populares, y ya en descomposición.

La mujer pertenecía al mismo credo que el marido, y aquel suceso hizo de su persona el más completo vacío. Vivía en una pequeña casa de las afueras, ignorada, como un ser insociable y salvaje. Si al pasar por allí, alguien descubría tras de los cristales, casi siempre cubiertos, su angosta silueta y su pelo azafranado, tenía para dos o tres noches de agitada pesadilla, como si hubiera visto la casa de un endiablado.

Esta era la mujer, cuya muerte se sabía, por haber visto al cajonero del pueblo entrar en su casa, un estrecho e inmensurable ataúd. Las campanas no doblaron por ella y nadie se acordó que había que cumplir con aquel ser desgraciado un piadoso deber de humanidad. Si una chicuela que le ayudaba en los quehaceres de la casa no hubiese dado noticia de su muerte, al encontrarla una mañana yerta en la cama y sorda a sus preguntas cotidianas, ¡quién sabe cuantos días hubiera permanecido el cadáver de la pobre

Y ES EVIDENTE



—¿Qué necesita usted, señorita?
—Un poco de pecho.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre. .	$ 3.00
Semestre. . . .	5.00			Semestre . . .	6.00
Año.	9.00	Semestre. . .	4.00	Año. . . .	11.00
N.º suelto. .	20 cts.			N.º suelto. .	25 cts.
N.º atrasado	40 ..	Año.	8.00	N.º atrasado.	50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El domador



El gaucho se va; la civilización, que todo lo invade, ha llevado sus corrientes avasalladoras hasta los últimos confines del país, y ya se encuentran pocos ejemplares de ese tipo primitivo que tenía por vasto escenario las dilatadas zonas de la pampa.

El domador, con su típico traje, tal como lo representa nuestro grabado, no es más que la encarnación de esa figura varonil del hombre de nuestros campos, que en titánica lucha con el potro salvaje, le vence y quiebra sus bríos, reduciéndolo, como esclavo sumiso, al menor de sus caprichos.

Vedle sereno y altivo, desafiando el peligro sobre el caballo que se encabrita y pugna por arrojarle de sí; enclavado en su lomo como un centauro. Ved al animal con sus crines erizadas por la desesperación de la impotencia, lanzarse primero en vertiginosa carrera hasta que cede jadeante al poder superior que le domina.

Por su solo esfuerzo, ese hombre, sin más recursos que algunos elementos primitivos, como su lazo, un par de riendas, su pobre apero, su arreador y sus espuelas lloronas, ha vencido a la fiera. Es la ley natural que se cumple, alzándose la fuerza inteligente sobre la fuerza bruta.

escocesa, en su alcoba húmeda y penumbrosa!

Algunos amigos de buen humor, dispuestos a la chacota, me chulearon sin descanso, hasta fastidiar mi amor propio, invitándome con pronunciada sorna para el velorio. Creían que yo repartía la ridícula aversión del vulgo por aquella infeliz mujer y me hacían apuestas de todo género, a que no velaba su cadáver.

Esta fué la única vez que tomé el caso a lo serio, resolviendo con estupefacción general, no hacer excepción a mi costumbre. Hubo dos personas más, bastante despreocupadas, a quienes propuse la idea y que la acogieron: tu prima Luisa y una amiga de ella, que nos prometió ir con su madre.

Y así fué. Al anochecer, los cuatro salvábamos, un poco trémulos por cierto, los umbrales de la casa. La puerta gimió dolorosamente sobre sus goznes, al esfuerzo de mi mano. Hacía muchos años que no se abría sino a medias para dejar paso a la chiquilla flaca y enfermiza que acompañaba a la escocesa.

Tuvimos que conmovernos con el espectáculo, mucho más llevando el espíritu preparado por el silencio aterrador que envolvía la casa y sus negros departamentos.

La niña nos introdujo, llorando de agradecimiento, en la habitación donde yacía la muerta, todavía en el lecho. La pequeña criatura había intentado vestirla con sus buenas ropas: una amplia pollera de gris y una bata que el tiempo y el encierro habían puesto verdosas. Pero la masa inerte había resistido a los empeños de sus débiles manos: la escocesa estaba rígida y endurecida. No había desorden en la cama, ni en las sillas, ni en el resto del mueblaje. Se conocía que la desdichada había abandonado la vida sin las resistencias supremas de la carne, sin lucha y sin desesperación.

Al pie del lecho, de altas columnas de caoba torneada que sostenían un inmenso dosel, estaba el féretro abierto, cuya boca me pareció la de un abismo espantoso. Nos retiramos Luisa y yo silenciosos al patio. Las otras dos señoras se encargaron de vestir a la muerta, y al poco rato, envuelta en un gran mantón de merino, porque el endurecimiento de los miembros no permitía otras prendas, la colocamos en la escueta caja de pino blanco sin forro interior, y entre los cuatro atravesamos llevando el cadáver, precedidos de la niña que nos alumbraba, al obscuro patio, a paso lento, con una solemnidad horriblemente lúgubre. El cuerpo fué depositado sobre la mesa de la sala, en el centro de la pieza, donde había unos pocos muebles, media docena de sillas de tieso espaldar y asiento de vaqueta claveteada y un sofá espachurrado, de tejido de cerda.

Sobre la mesa cuatro candeleros con largas velas de cera. La muerta mostraba un gesto seco en el rostro, el labio inferior contraído y el entrecejo plegado. Era una mujer de edad indefinible, que debió tener la belleza fría de su raza.

Luisa y su amiga habían conseguido con mis auxilios, juntar aquellas dos manos caídas en la tranquila agonía a cada lado del cuerpo. Para retenerlas unidas, las atamos con una cinta negra que tu prima sacó de su bata. Y después, en las manos entrelazadas, le colocaron aquellas piadosas mujeres un gran crucifijo llevado en previsión de pudiera faltar. Dejamos un instante solo el cadáver, interrogamos a la pequeñuela, recorrimos con curiosidad las demás habitaciones, inquirimos noticias sobre la vida solitaria de la desgraciada escocesa. Si había misterios interesantes se los guardaron la chicuela, planta silvestre enteramente, y aquella casa, medio en ruinas con su ancho patio enarenado, donde crecían dispersas matas y flores de sepultura, vircinas, aleîes y pensamientos mezclados al boj.

Volvimos a la salita más descargados de preocupaciones. Luisa preparó su rosario, se llamó a la niña y los cinco en rueda, encomendamos el espíritu de la muerta a la clemencia divina. No me pareció que se fatigaban mis rodillas ni que los labios se me cansaban de murmurar las monótonas oraciones que se desprendían al ruido de las pequeñas cuentas.

Después de terminar, Luisa, su amiga y yo nos instalamos en el sofá, a la derecha del cadáver. La niña y la anciana señora fueron a encargarse de encender fuego para atemperar la crudeza de la noche.

III

La escena movía a filosofar, y filosofamos en grande sobre aquella vida ignorada, sobre su triste fin en el desamparo de la soledad, sobre los sentimientos caribes del vecindario, pasando maquinalmente a ocuparnos, una vez connaturalizados con el espectáculo, de pequeños enredos de la localidad. Interrumpíamos sólo cada dos horas, para continuar los rezos encabezados por la señora que nos acompañaba, que en seguida se retiraba, poniéndose en otra habitación, el ánimo tranquilo, al amor confortante de una estufa encendida.

A las doce de la noche, yo les narraba a mis dos compañeras detalles ignorados de una graciosa aventura, que era la comidilla de la semana. El relato se prestaba a digresiones picarescas y risas intencionadas. Comentábamos los hechos con una jovialidad digna de un rincón de tertulia.

Dos veces en esos instantes, Luisa creyó oír unos pequeños crujidos y la vimos sobresaltada por un temblor nervioso, mirar ansiosamente al angosto féretro. La muerta continuaba en su inmovilidad y su misterio. O eran ruidos del exterior o alucinaciones de tu prima. Con esas explicaciones, la persuadimos y continuó la historia. Nos hallábamos en el desenlace, un desenlace lo más cómico del mundo, que yo mismo, narrador, tenía que interrumpir con risas entrecortadas.

En esta situación, nos pareció escuchar a los tres algo como un rasgamiento prolongado que salía del ataúd.

Sofocamos la carcajada y vi que me interrogaban con una mirada llena de angustia y terror Luisa y su amiga, al paso que se alzaban del asiento instantáneamente. Dirigimos luego la vista a la fisonomía dura de la escocesa. Y todo pasó como un rayo!

Apenas acabábamos de hacerlo, sonó un golpe más agudo, después otro prolongado, como un desgarramiento. Vimos espantados que el cadáver abría a ambos lados del féretro los brazos descarnados, desciñendo la mortaja, y el crucifijo lanzado con increíble rapidez, caía sobre mis rodillas, mientras los dos candeleros de la cabecera rodaban por tierra con el desapacible y estridente ruido del bronce.

En seguida oí dos gritos desesperados. Luisa y su amiga huían hacia el patio con las manos en el rostro. Yo quedé sin fuerzas para moverme. No coordinaba una idea, me latía el corazón aceleradamente como un péndulo enloquecido, las sienes me estallaban y todo daba vuelta ante mis ojos turbados por una bruma cada vez más densa.

La madre de Eloísa, la amiga de tu prima, me encontró en aquella melodramática situación. Fué la única, la pobre señora, que conservó bastante sangre fría para atender a las muchachas sobrecogidas de espanto por el lance, darme un vaso de agua azucarada, y explicarnos el origen de aquello que creíamos la resurrección de una cataléptica.

La escocesa estaba muerta y bien muerta. Las manos que habíamos querido obligar a unirse, siguiendo la tendencia de los brazos endurecidos en la posición horizontal, y ayudadas por el trabajo de descomposición del cuerpo, habían roto la débil ligadura. Esto explicaba la caída del crucifijo y los candeleros.

Luisa y su amiga consintieron en volver a la sala mortuoria a instancias repetidas de la buena señora. Yo, por mi parte, bastante repuesto, y avergonzado de mi confusión primera, trataba de infundir ánimo a mis compañeras. Con todo, al entrar, no dejamos de mirar con recelo al cadáver. La niña estaba a su lado; más valerosa que nosotros, comprendiendo que había más motivos de alegría que de alarma en que despertase su protectora, había corrido desde el primer momento a la sala. Allí la encontramos inmóvil, con la angustia del desengaño sufrido en su moreno rostro. Sus ojos, enternecidos por las lágrimas, y de una belleza sencilla, nos indicaban que nos aproximásemos sin temor. Así lo hicimos: se colocaron los candeleros en su sitio, se cerró la mortaja al cadáver, dejándole las manos ocultas bajo de ella, la madre de Eloísa preparó un rosario, arrodillándonos silenciosamente los cinco en las húmedas baldosas del suelo...

He aquí la historia, Antonio. Al día siguiente, contada por mí a un amigo, bajo la promesa de reserva completa, volvió a mis oídos de cincuenta labios, completamente desfigurada.

Hubo bromazos de todos calibres; para unos era una pura alucinación de espíritus cobardes, para los otros un invento grotesco; para las personas crédulas, que son las más en poblaciones pequeñas, un castigo del cielo, por el sacrilegio de colocar la imagen de Cristo en manos de una judía endemoniada. Y a todos tuvé que resistir impasible, seguro de que las discusiones no me darían gran resultado.

Pero quedé curado del vicio. No veo un muerto que no me recuerde demasiado vivamente aquellos sucesos.

Y tú comprendes, que dispuesto como estoy a pasar la vida alegremente...

Alfredo DUHAU.

Montevideo, Septiembre 1888.

Notas femeninas



¡Dios mío, qué dirían nuestras abuelas si pudieran ver con qué géneros sutiles, transparentes y tan poco resistentes hacemos actualmente nuestra lencería interior! ¿Será la crisis del algodón y del hilo, que está sufriendo el universo, por lo que nos viene esta transformación en la lencería?

¿Volveremos a ver algún día los armarios repletos de blanca ropa oliendo a lirio y verbena? Por mi parte lo dudo, y es ésta, queridas lectoras mías, una de las causas imprevistas de la guerra, que ha reemplazado por el tul, el crêpe de Chine, la seda o el voile, al linón, a la batista de hilo y hasta al clásico madapolán y shirting, tan queridos y apreciados por nuestras abuelas...

No importa, sea lo que sea, la coquetería íntima no conoce límites y la fantasía más descabellada proporciona modelos más o menos originales y bonitos. Sin embargo, os aconsejo conservar siempre, o tener a mano, dos o tres juegos de prendas de ropa blanca interior hechos en linón o batista de hilo. Es correcto, decente y... de buen gusto.

La moda, queridas lectoras, a fuer de caprichosa, ha modificado todo, la forma y el largo de las camisas que varían según la línea de los últimos modelos de los trajes: la "culotte", el pantalón se suceden, el cubrecorsé y la enagua son reemplazados por las combinaciones, trabajadas por manos de hadas. Sus adornos son escasos, pero van dispuestos con tanto arte, que nos encantan y transforman cada prenda en una obra de arte.

La moda que va y viene, nos trae hoy le "renouveau" del "bonnet". Bonnets de noche, bonnets de por la mañana, deliciosos bonnets que embellecen siempre a las que los usan. Y por cierto, para daros fe de lo que os digo, os bastará que miréis los tres modelos que para vosotras he reunido en esta página.

El primero, es de un aspecto muy nuevo, está confeccionado en encaje o con viejos y finos guipures.

La parte delantera se levanta en forma de mitra, y la parte de atrás va apretada por medio de una cinta color azul viejo, anudada sobre la nuca. Tiene este "bonnet" cierto airecito bizantino que nos encanta.

El otro modelo es en encaje "ocré". Los costados son de cinta color fresa, velados con un tul "bouillonné". Un grupito de rositas adorna el alto del "bonnet" y se anuda debajo de la barbilla o a un costado, con una cinta angosta de color fresa.

Para por la mañana, creo imposible soñar otra cosa más linda que este "bonnet" holandés, hecho de encaje y adornado con una fina guía de rositas rococó. Es fresco, exquisito y excesivamente juvenil, digno de ser llevado por una recién casada.

Más abajo de los modelos de "bonnets" verán un precioso "soutien-gorge", hecho en muselina de seda color rosa, con hombreras de cinta. Esta misma cinta, adorna y sostiene al mismo tiempo la muselina que moldea el pecho; unas rosas rococó sirven de adorno a este bonito "soutien-gorge".

En uno de los ángulos de esta página tenemos un modelo de última moda de una "parure" en crêpe de Chine rosa pálido y cuyo "empiecement" está hecho con tul de hilo blanco, plegado y adornado con cinta rosa. El monograma artísticamente combinado y bordado en un original rombo, sale de lo común.

Como transparente para un traje de "voile", muselina, etcétera, etcétera, tenemos un precioso modelo de combinación hecha en crêpe de Chine blanco adornada con unas bandas de tul negro.

Una vaquita roja y negra, bordada y colocada en una forma sumamente original, da una nota divertida a este conjunto serio.

En la parte de arriba tenemos un encantador modelo de camisa de día, hecha en linón color limón, adornada con pliegues chicos. El corselete lo forma una tira ancha y derecha de tul blanco fruncida y separada de la camisa por medio de dos cintas que se anudan a un costado. Las hombreras son en cinta color limón un poco fuerte y van adornadas adelante y atrás por unas pequeñas coronas de rosas minúsculas, que se ven también aquí y allí, en el bajo de la camisa sobre el dobladillo. Este último está hecho con un bies de tul que termina con un picot.

No menos lindo que éste, viene a ser el otro modelo de camisa que veis en la parte inferior de la página. Es en crêpe de Chine color "abricot", de falda enteramente plegada, y el cuerpo es de encaje o tul bordado y cruzado por entredós de encaje, cuyas puntas llevan una coronita de rosas rococó. Las hombreras son de satin.

Los dos modelos de camisas de noche, que tenemos, queridas lectoras, no desmerecen en nada de los anteriores modelos. El primero de los dos es de una forma o hechura del todo nueva.

La tela aquí empleada, es un fino linón blanco, plegado. El cuerpo es un kimono de encaje, escotado en cuadrado, y lleva delante tres pequeños moñitos de cinta, color cielo, que parecen cerrar el delantero. El bajo de esta camisa de noche, va adornado con un entredós del mismo encaje.

El otro modelo, es en "voile" de seda rosado, adornado en el escote, bajo-mangas y extremidad de la falda, con unos volados de tul nieve. Un cinturón de cinta azul fuerte, que pasa por dentro de unos ojales, adornados a su vez con unas rosas rococó, anúdase a un costado, para caer en largas caídas, que terminan con una rosa.

Y, para terminar, os diré que el pyjama que seduce actualmente a varias de vosotras, se le puede adoptar tan sólo como una divertida fantasía, sobre todo cuando se es muy delgada, pero encuentro que un abrigo de satin acolchado es más confortable como "robe de chambre", que no un pyjama por más abrigado que dicen... es. Es un asunto de gusto, de apreciación y del ambiente donde se vive: este es mi modo de ver; ahora corresponde a vosotras el decidir.

A. de DAUMONT.

Higiene del rostro



La piel del rostro es, por su naturaleza, mucho más delicada que las demás partes del cuerpo. Sólo el agua de río o de lluvia debe emplearse para su lavado, si se ha de conservar en perfecto estado de suavidad, turgencia y color. A falta de ella, agua hervida y decantada. Se necesita bañar la cara en agua, con los ojos cerrados y respirando para que entre por la nariz.

Cuando hay demacración y mal color, conviene tomar lo menos tres baños de cara, al día, a una temperatura de 24 grados; por ese medio la piel recobra color y frescura.

No se necesita enjabonarse todos los días la cara; basta con un lavado de agua pura, y un par de veces a la semana, de jabón o de clara de huevo. Esta última es mejor que el jabón, porque limpia y no irrita. Todo jabón con elementos alcalinos perjudica el cutis; necesitan ser jabones grasos, desprovistos de sosa, y éstos es muy difícil encontrarlos.

Un método excelente es el que sigue: Al acostarse, después de hecha la digestión, el baño facial precedido de la limpieza con jabón o clara de huevo (los días que lo necesite), y con nata de leche todos los demás. Después un masaje con lanolina o vaselina, grasas minerales extraídas del petróleo y que no se enrancian fácilmente. A la mañana siguiente se lava bien el rostro con agua a la temperatura de 35 grados. Así se ven libre casi siempre de manchas, barros, granos, etc.

Cuando el rostro está flácido y demacrado, además de los baños faciales, se hace preciso el baño de vapor, seguido de una fricción con substancias grasas.

Si no hay aparatos a propósito, basta colocar sobre una mesa una lamparilla de alcohol y una vasija con agua hirviendo. Se cubre la cabeza con un paño, se cierran los ojos y se pone el rostro a la acción del vapor.

Cuando la demacración consiste en defectos de la nutrición, es inútil todo si no se recurre a la medicina.

PARA LA GENTE DE CAMPO

LOS ENEMIGOS DE LAS ABEJAS

Durante las estaciones frías en que el alimento escasea, hay que tener mucho cuidado con las colmenas, porque se ven asediadas por enemigos temibles.

Uno de éstos, es el pájaro llamado herrerillo, el cual se coloca junto a la entrada de la colmena y empieza a dar golpes con el pico hasta que se presenta una abeja, inmediatamente la agarra, se la lleva a un lugar conveniente y se la come después de haberla quitado cuidadosamente el aguijón, las alas y las patas.

De este modo destruye el pájaro muchas abejas; pero hay un remedio sencillísimo para impedir que continúe la rapiña: basta colocar un trozo de tela metálica de mallas pequeñas delante de la colmena.

Los ratones también suelen atacar a las colmenas de paja y comerse toda la miel que encuentran. Esto se evita tapando la entrada con una tabla en la que se haya practicado un agujero de un centímetro de diámetro, que deja espacio suficiente para el paso de las abejas e impide el de los ratones. También se les tiene a raya poniendo unos clavos de punta en la tablilla horizontal de la entrada.

La humedad es uno de los mayores enemigos de las abejas, por cuya razón hay que tener gran cuidado de que no pueda penetrar en el interior de la colmena, ni por el tejadillo ni por el suelo.

LA PARAFINA Y LAS MANZANAS

La parafina y la lechada de cal son los grandes remedios para el manzano, porque con ellos se conservan los árboles fuertes y libres de insectos enemigos de la fruta.

Un cultivador inglés cuenta que poseía un manzano cuyo tronco estaba enmohecido en casi sus dos terceras partes, y se le ocurrió saturar de parafina las ramas principales y el tronco. Esto fué en octubre; en noviembre raspó toda la corteza enferma y dió al árbol otra mano de parafina.

"En diciembre—añade—le di otra nueva mano de parafina y luego una de lechada de cal. Cada vez me bastó un cuartillo de parafina para todo el árbol.

"El resultado fué que obtuve una cosecha excelente, y que las manzanas alcanzaron mayor tamaño que de ordinario y tenían aroma exquisito. Además no fueron atacadas las hojas por ninguna plaga.

"He estudiado la cuestión del cultivo productivo del manzano en pequeños jardines, y siempre me ha dado grandes resultados el sistema de aplicar parafina y lechada de cal a los árboles infestados de insectos. Por esta causa no vacilo en recomendar el procedimiento a los "amateurs" de la jardinería, para que lo ensayen."

MICROBIOS PARA EL FORRAJE

Sabido es que para conservar el forraje fresco durante el invierno, se guarda en silos o zanjas cavados en el suelo y se cubre con una capa aisladora y protectora de arena o paja. En muchos puntos se conservan así las raeduras de la remolacha, la pulpa sobrante de la fabricación del azúcar, etc., que constituyen un excelente forraje de engorde. Dicho forraje sufre durante el ensilaje una fermentación que aunque le da mal olor le comunica un gusto muy agradable para el ganado, y facilita por solución parcial la asimilación de los constituyentes digestivos. Pero la transformación es muy lenta e irregular, y los productos que se obtienen son de mejor o peor calidad, según el sistema del ensilaje, la temperatura, la clase de la pulpa, etc.

En vista de ello se le ocurrió a M. Crolbois echar en la pulpa durante el ensilaje un cultivo de fermentos lácticos acostumbrados a las pulpas ácidas. Cien kilos de residuos tratados de este modo, con seis litros de zumo de remolacha, rico en fermentos, se transformaron de un modo completo y perfecto en cuarenta y ocho horas, sin necesidad de prensar la pulpa. Después de algunos ensayos, el sistema fué aplicado, en gran escala, a tres millones de kilos de pulpa y se obtuvo un producto sin mal olor que aceleró el engorde del ganado.



COMPRANDO LA ESCOBA

—Deme la que tenga el mango más grueso. Hace dos días que se viene borracho a casa.

CONSEJOS A LOS CULTIVADORES DE ALFALFA

El tiempo conveniente para cortar alfalfa para heno, es cuando una pequeña cantidad de las plantas están en flor. Esto sucede a las cuatro o cinco semanas. Después de llegar al punto conveniente, no hay que dejarla demasiado tiempo sin cortar, porque se vuelve dura y leñosa y pierde demasiado de su valor alimenticio, debido a la caída de las hojas. Otra razón para no dilatar el corte es que cuando la alfalfa adquiere todo su desarrollo empieza a brotar de nuevo al pie, cortada o no cortada. Si se deja que los retoños tiernos crezcan bastante para ser cortados por la guadañadora, se mueren y esto reduce considerablemente el rendimiento de la cosecha ulterior.

Debe rastrillarse el heno en líneas antes que se arrugue la hoja, poniéndose en mogotes luego y dejando que se "haga". No debe hacinarse o recogerse el heno en los almacenes cuando esté cubierto de rocío, y si está mojado el suelo el heno debe voltearse y dejar que se seque bien antes de hacinarlo, porque se pondría blanco y podrido, en caso de no hacerlo, por lo que dado a los caballos en este estado, provocaría serios trastornos y aun accidentes de gravedad.

LA RANICULTURA

La ranicultura es una industria poco conocida que, como su nombre indica, consiste en criar ranas. Todos sabemos que las ancas de estos batracios constituyen, convenientemente aderezadas, un manjar exquisito, muy buscado por los "gourmets" y tan sabroso como el ave más delicada, pero muchos ignoran que la rana es en muchos países objeto de una industria bastante importante y de las más remuneradoras.

La ranicultura no es una industria nueva; a mediados del siglo XVIII ya se practicaba en Auvernia y hoy se crían ranas en gran escala en Alemania, Bélgica, Rusia y en Norte América. Sobre todo, allí se encuentran establecimientos muy importantes donde se crían ranas por millones para venderlas en los mercados de los Estados Unidos. Sólo en Nueva York se venden actualmente de 1.800 a 2.000 kilos de ancas de rana todos los días.

La cría de las ranas ofrece beneficios seguros y no tiene nada de complicada. Todas las personas que tienen a su disposición un estanque pueden emprender el negocio con probabilidades de éxito. Basta echar en la charca o en el estanque que se quiere poblar los huevos puestos en gran número por las hembras en la superficie de las aguas.

Las ancas pueden comerse cuando los batracios tienen tres años. Su engorde se consigue fácilmente dándoles todos los días carne de animales muertos picada y desperdicios de todas clases.

LA HUERTA

En este mes deben prepararse los terrenos para las plantaciones de primavera. Se siembra garbanzos y lentejas, y, bajo vidrio, porotos de 40 días para tener chauchas tempranas.

Se siembra de asiento arvejas, habas, achicoria para café, radicheta, zanahoria, berro, perifolio, cebolla, nabos, perejil, rabanitos, chirivía, apio, lechuga, acedera y salsifí; y se hacen almácigos de lechuga de Berlín, Batavia, de Nápoles, real, turca, romana, rubia, hortelana, etc.; de escarola de Italia, fina y blanca; repollos Bacalán, Schwein fort, Quintal, Milán, Hertus, coliflor de Nápoles, apio blanco, etc.



DE TODO UN POCO



La prohibición de venta de bebidas alcohólicas que en algunos estados norteamericanos se hará efectiva desde el 1.° de julio, ha provocado protestas en fábricas y comercios. He aquí un obrero que ha colocado en su máquina un cartelito difundido profusamente: "Sin cerveza no hay trabajo".



El Departamento de Marina de los Estados Unidos cuenta con una oficina en la cual existen modelos en miniatura de todas las unidades de guerra de la Unión. En esos modelos se ensayan los diversos tipos de "camouflage" que convienen a los buques correspondientes.



EN ALEMANIA. — El gobierno alemán paga en oro los víveres que le proporcionan los aliados. Las sumas son expedidas en cajones de Berlín a Rotterdam. Soldados escoceses se encargan de transportarlos desde un establecimiento bancario hasta un buque británico.



LA ABUELA DE LA REVOLUCION. — La revolución rusa de 1917 dió libertad a la señora Breshko Breshkoffsky, la famosa propagandista llamada la Abuela de la Revolución. Los excesos de los maximalistas la obligaron a huir a los Estados Unidos. Actualmente se halla en el Japón, donde fué tomada esta fotografía.

EL JAPON PINTORESCO



Las tradiciones seculares niponas sobreviven entre las costumbres impuestas por la civilización occidental. Los señores feudales visten de vez en cuando sus antiguos trajes nacionales y toman parte en concursos de tiro al arco celebrados con el ceremonial de otras épocas.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires

Piense en el porvenir y abra cuenta en Caja de Ahorro del Banco de Boston.



Sólo precisa $1

4 % de interés capitalizado trimestralmente.

The First National Bank of Boston

Bmé. MITRE esq. SAN MARTIN